

# ESTUDIOS DE VIAGES.



VISTA DEL PALACIO DE LOS CÉSARES.—TEMPLO DE VENUS.—RUINAS DE LA BASILICA DE CONSTANTINO.



PLAZA DEL POPOLO.

25 de Junio de 1849.

TOMO VI. 16



## ROMA A VISTA DE PAJARO. (1)

### I.

En el momento en que Roma se ve acometida por las fuerzas del catolicismo, coaligadas contra ella, será del mayor interés para nuestros lectores, una rapidísima descripción de esta ciudad, cuyas calles, cuyos palacios se verán citados en todos los periódicos de todos los colores y matices políticos, mas de una vez al referir los sucesos de la guerra.

Hemos dado el título de *Roma á vista de pájaro* á estos artículos, porque en ellos hemos depositado las observaciones que en dos distintas épocas hemos hecho sobre esta ciudad, la cual, considerada como el foco de los recuerdos de la historia, y como el centro de todos los radios de lo pasado, exigiria muchísimo tiempo, un gran volumen, y la vida entera de un sabio y de un filósofo, mirada solo bajo el aspecto material, es decir, como la reunion de ruinas, de monumentos antiguos y modernos, de templos, de palacios, de villas, de museos, en fin, como una inmensa galeria donde se encuentran reunidas en gran número, las obras maestras de la paleta y del cincel. Nosotros en un artículo superficial vamos á pasar rápidamente en revista las riquezas de Roma, y su esposicion bastará á nuestros lectores para formar una idea, que no sería por cierto mas completa aun cuando leyeran cien volúmenes en que detalladamente se esplicasen los restos de esas antiguas ruinas, todos los palacios, todos los templos paganos, todas las iglesias católicas, todos los *foros*, todas las columnas, todos los teatros de la ciudad eterna, en que la historia y la religion han aglomerado sus monumentos. Apenas conocerian entonces, como conocerán ahora, la verdadera fisonomia de Roma, apenas estarian iniciados en esta intima poesia que se respira en ella, y que no se comprende por completo, sino hollando aquel suelo lleno de tantos recuerdos. Solo en Roma es donde pueden descubrirse los misteriosos goces que encierra, cuando marchando á la casualidad, tan pronto por medio de sus anchas calles pobladas de nobles palacios, de sombrías y solemnes fachadas, tan pronto por estrechas callejuelas de que están atravesados los cuarteles indigentes de la ciudad se mezcla uno entre esa poblacion romana, tan variada en su tipo y costumbres; en donde se ven religiosos de todas las órdenes, de todos los colores, soldados de todas armas; altivos y morenos trastiverinos, adornados con el sombrero cónico, y envueltos soberbiamente en su capa en forma de toga; mugeres de todas condiciones, nobles las unas con sus sombreros á la francesa, las otras pintorescas hijas del pueblo, morenas y esbeltas como las Julias y las Cornelias, marcando sus anchas y flexibles caderas que oprime un corsé de terciopelo encarnado, con las negras trenzas de sus lúbricos cabellos sujetas con grandes alfileres en forma de puñal, y que en mas de una circunstancia en vez de adorno de su hermosura, se ha convertido en instrumento de muerte con su larga y acerada punta.

En medio del torbellino de esa multitud tan diversa

(1) El crecido número de grabados que lleva este artículo, ha sido un obstáculo para colocarlos en su lugar respectivo; pero como todos tienen al pie la explicacion del monumento que representan, no puede haber la menor duda ni confusion.

en sus modales, y tan varia en sus vestidos para conocer la poesia vulgar y local de la ciudad, es preciso examinar las largas calles de los cuarteles solitarios y silenciosos, donde se encuentra por intervalos algun monge, blanco ó negro, que se retira á su convento; algunos mendigos vestidos de harapos, hechos para el pincel, y preciosamente acurrucados en los escalones del atrio de una iglesia aislada, alguna rústica carreta conducida por un hermoso paisano, de pie sobre el timon, en una actitud sencillamente grandiosa, y que recuerdan naturalmente aquellos heroicos labradores de la jóven Roma, arrancados de sus cabañas para ir á batir los volseos y samnitas, triunfar en el Capitolio, y volver á trazar los surcos con su arado!

Andando por las calles no puede menos de soñarse poéticamente al sonido de mil fuentes que llenan las plazas con los ruidos eternos de sus cascadas. A la estremidad de estas calles desiertas, entre blancas piedras ha crecido abundantemente el cesped; se detiene uno delante de una hermosa perspectiva de una casa campestre; ve desarrollarse delante de él una inmensa llanura, en donde se prolongan las eternas lineas de un acueducto, ó se levantan los gigantescos restos de un arco triunfal, ó se ocultan entre la yerba las ruinas de un circo, los vestigios de un campo, las últimas piedras de un túmulo, deteniéndose delante de ellas, interrogando su fecha, y no pudiendo una responderse á sí mismo; ó bien subido en una de las siete colinas sobre que está fundada Roma y que dominan su recinto, tiende su vista al ponerse el sol, y contempla absorto en medio del concierto de mil campanas, bajo la aureola de occidente, la mas noble de las ciudades que decoran el planeta de los hombres!

Antes de emprender nuestra escursion por Roma vamos á indicar la posicion y forma actual de las siete colinas sobre que estaba fundada la antigua ciudad, y la de otros cinco montecillos ó alturas que se encuentran hoy comprendidas dentro de su recinto. Por medio del conocimiento de estas colinas se orienta uno fácilmente para recorrer los catorce cuarteles en que se halla dividida Roma, la cual segun los últimos cuadros estadísticos tiene actualmente una poblacion de 34,233 almas, comprendiéndose en este número 10,000 judios, relegados á una parte de la ciudad muy poblada y miserable, situada sobre la ribera izquierda del Tiber y conocida bajo el nombre de *Jhetto*. Este barrio se cerraba todos los dias al anochecer, hasta que Pío IX hizo desaparecer para siempre las puertas de hierro que encerraban á los infelices descendientes de Israel.

Las colinas de la antigua Roma son el monte *Palatino*, el *Capitolino*, el *Quirinal*, el *Celio*, el *Aventino*, el *Esquilino*, y el *Viminal*. Ademas de estas siete colinas de la antigua Roma fueron sucesivamente unidas á la ciudad, el *Janiculo*, en tiempo de Anco Marcio, que hizo arrojar un puente sobre el Tiber, *pons Sublicius*; sobre esta colina, que es la mas elevada de Roma, Jano, rey de los alobroges, construyó una ciudad llamada *Antipoli*, en la que reinó despues Saturno; el *Pincio*, situado al norte del monte Quirinal y conocido en la historia antigua de Roma bajo el nombre de *Collis hortulanum*; el monte *Citorio*, que propiamente no es una colina formada por la naturaleza sino una grande eminencia producida por las ruinas de un teatro llamado de Atilio Tauro; el monte *Testaccio*, situado á la estremidad de Roma en la parte izquierda en que el Tiber sale de la ciudad, formado tambien, segun dicen, de una multitud de fragmentos de vasos y otros utensilios de tierra allí depositados; y la colina *Vaticano*, que se alza sobre la ribera derecha del Tiber. El nombre de Vaticano es una corrupcion de la palabra *vaticinio*, oráculo, porque



allí se daban en efecto los oráculos en la época en que aquella colina perteneció a los etruscos veyos, á los que se la arrebató Rómulo. Sobre esta colina reposaban en otro tiempo las cenizas de Rómulo, fundador del poderío romano; hoy se venera en ella la tumba de San Pedro, primer jefe de la iglesia católica; en otro tiempo se veía el circo del bárbaro Neron, hoy se admira el palacio del jefe visible del catolicismo; Leon IV reunió esta colina al castillo de San Angelo y al monte Janículo por medio de una muralla, á fin de asegurar la basilica de San Pedro de las invasiones de los sarracenos, y este es también uno de los puntos que han fortificado contra la invasión de los franceses los revolucionarios romanos.

Fuera de la ciudad, al salir por la *Puerta Salara*, se ve también el monte *Sacro*; y fuera de la puerta de San Pedro, el monte *Mario*. Nosotros vamos a conducir á nuestros lectores breve, clara, y metódicamente por todos los cuarteles, por todas las calles de la ciudad, que dividimos en ocho grandes secciones: la 1.<sup>a</sup> del Puente Molle al Capitolio; la 2.<sup>a</sup> del Capitolio á San Juan de Letran; la 3.<sup>a</sup> de San Juan de Letran al Quirinal; la 4.<sup>a</sup> del Quirinal al mausoleo de Augusto; la 5.<sup>a</sup> del mausoleo de Augusto al Velabro; la 6.<sup>a</sup> del Velabro al Puente Fabricio; la 7.<sup>a</sup> del Puente Fabricio al Puente Elio; y la 8.<sup>a</sup> del Puente Elio al monte Mario.

Cuando nosotros hayamos recorrido estas grandes secciones, es seguro que no habremos dejado de nombrar ninguno de los monumentos que encierra la ciudad eterna, por el orden mismo que en ella ocupan.

### PRIMERA SECCION.

#### DEL PUENTE MOLLE AL CAPITOLIO.

A dos leguas de la ciudad se halla el *Puente Molle*, en otro tiempo, puente de *Mulvius*; existia segun Tito Livio cuando la batalla de Metauro, ganada por los romanos sobre Asdrubal, y es célebre por la victoria de Constantino contra Magencio, la que afirmó el triunfo del cristianismo. Los revolucionarios romanos, han fortificado este puente, cortando uno de sus arcos, empero ha sido tomado por los franceses despues de un obstinado combate, el día 3 de junio de este año. Del Puente Mole á la ciudad se va por la antigua *via Flaminia*; se ve el palacio de Julio III, y el arco oscuro, entrándose en Roma por la puerta del Popolo (pueblo); Pio IV la hizo reedificar por Vignola en 1561 sobre los dibujos de Miguel Angel. Los estatuas de San Pedro y San Pablo, del célebre escultor Mocchi, están allí como guardadores de la ciudad santa.

Pasada la puerta se encuentra uno en la plaza de Popolo, magnífica, con inmensos hemicíclios adornados de fuentes y de estatuas, en el centro hay un gran obelisco egipcio. Sobre el hemicíclio de la izquierda están los jardines del Pincio; la estatua colosal de Roma, entre el Anio y el Tiber; en el fondo de la plaza hay dos iglesias iguales consagradas á la Virgen; y entre las dos, se abren las tres grandes calles, que van como un triple radio, á recorrer la ciudad, la *via Babuino*, el *Corso*, y la *Strada Ripeta*.

La iglesia de Santa Maria del Popolo, fundada segun la tradicion en 1099 para alejar las fantasmas nocturnas atribuidas al cuerpo de Neron, que segun Sue-

tonio, habia sido enterrado en el monte de los Jardines *Collis hortorum*, hoy Pincio.

Desde esta altura se ve como un magnifico panorama toda Roma, esa capital de Italia y del mundo, esa ciudad en que Dios ha destronado á los césares, esa metrópoli de los artistas, y en otro tiempo de los héroes y de los mártires. ¡Con cuánto placer desde esta altura se ve la tierra prometida ó no prometida! Este es uno de los puntos importantes, y de que mas pugnan por apoderarse los franceses; Moises veía desde lo alto del monte Nevó los campos de la Palestina. El monte Pincio es uno de los paseos mas hermosos de Roma.

La plaza del Popolo era el punto en donde se han reunido durante el pontificado de Pio IX las mas populares que en tropel acudian al Quirinal para felicitarle por la amnistia, por el establecimiento de la milicia nacional, por el de la Consulta de estado, por la constitucion, y donde también se reunieron las turbas al día siguiente del asesinato de su ministro Rossi para ir á atacar al Quirinal, y asestar los cañones que habían saludado la amnistia, contra el palacio del que perdonó. En esta misma plaza, despues de la fuga de Roma del pontifice, se proclamó el establecimiento de la república, coronando el magnifico granito de Ramses que se levanta magestuosamente en su centro desde el tiempo de Sixto V, el papa de las grandes empresas, con el gorro frigio, emblema de la libertad. En esta plaza han sido también quemados recientemente todos los confesonarios de las iglesias de Roma, muchos de los cuales eran una obra maestra de talla y de escultura.

Dejemos detras de nosotros la puerta del Popolo, que adornaron las artes para recibir á Cristina de Suecia, las fuentes de mármol, y el obelisco egipcio que adornan la plaza, y entremos por la calle del Corso.

Esta calle trazada sobre la antigua *via Flaminia*, toma su nombre de las carreras de caballos que se tienen en ella desde el reinado de Paulo II; es la mas hermosa, y la mas frecuentada de Roma. Los premios de estas carreras, que se celebran todos los años por el carnaval, son ricas telas de oro, plata, y terciopelo, pagadas por los judíos, á quienes Pio IX ha librado de este tributo. Los caballos corren enteramente solos. En aquellos dias en que la sangre del pueblo hierve como lava, se ha visto muchas veces á los romanos hundir la aguzada hoja de sus puñales en sus caballos vencidos.

En la calle del Corso se encuentran las iglesias de Santa Maria de Monte-Santo, la de Santa Maria de los Milagros, la de Jesus y Maria, la de Santiago de los incurables, la magnífica de San Carlos, suntuoso edificio construido en 1612 por los lombardos, compuesto de tres naves que dividen pilastras corintias, adornado ademas de bellisimos mármoles, pinturas, y estucos dorados.

En esta calle se encuentra también el palacio Ruspoli, cuya planta baja es un inmenso café, el mas frecuentado de Roma, y con frescos pintados por los artistas franceses. También se halla la iglesia de San Lorenzo in Lucina; el palacio Fiano, centro hoy de la revolucion por hallarse situado en él el Club llamado Circulo popular, en el que se acordó el movimiento revolucionario del 15 de noviembre, el nombramiento del ministerio que se impuso al papa; y el que constituyéndose en sesion permanente, despues que el venerable pontifice abandonó á Roma, gobernó la ciudad eterna mas que el mismo ministerio y que la cámara de sus representantes. Véase allí el palacio de Torlonia,

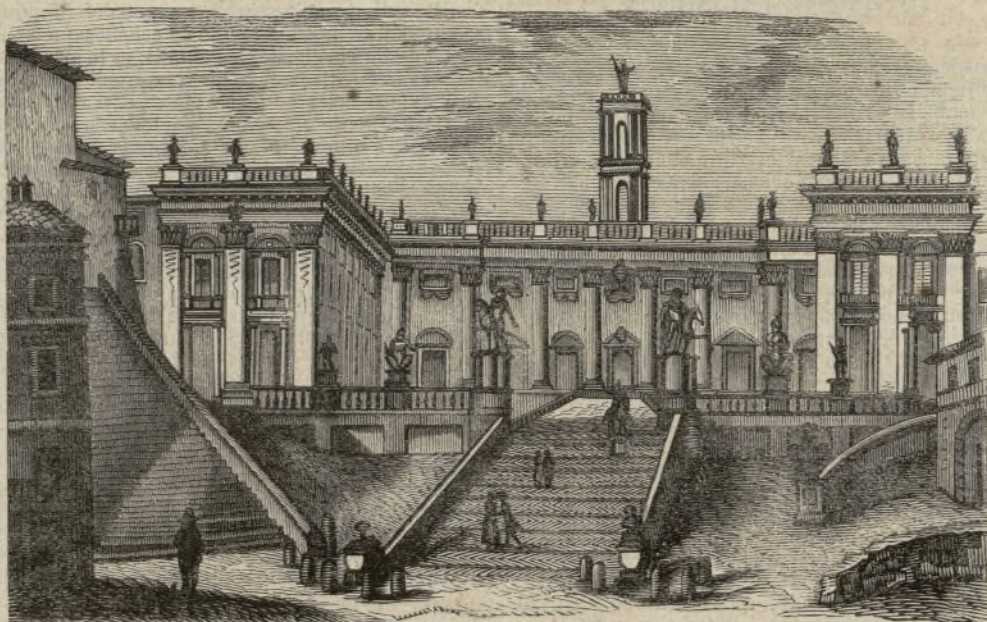


con famosos frescos de Albano: el palacio Chigi, con En el centro se halla la plaza Colonna, en otro tiem-  
cuatro salones adornados de los mas notables cuadros. po foro de Antonino Pio; en su centro está la columna



PLAZA COLONNA.—COLUMN DE ANTONINO PIO.

Antonina, que el senado levantó en honor de Marco los marcomanos. Nosotros hemos dado vuelta al rede-  
Aurelio Antonino por la victoria que consiguió sobre dor de esta columna de 28 pedazos de mármol, en cu-



CONVENTO DE ARACELI.—EL CAPITOLIO.—PALACIO DEL SENADO.

yos bajos relieves, que suben en espiral, está represen-  
tado el milagro de la legion fulminante.

Detras está el Monte Citorio, formado de los restos  
del anfiteatro Statilio Stauro; en medio se levanta el

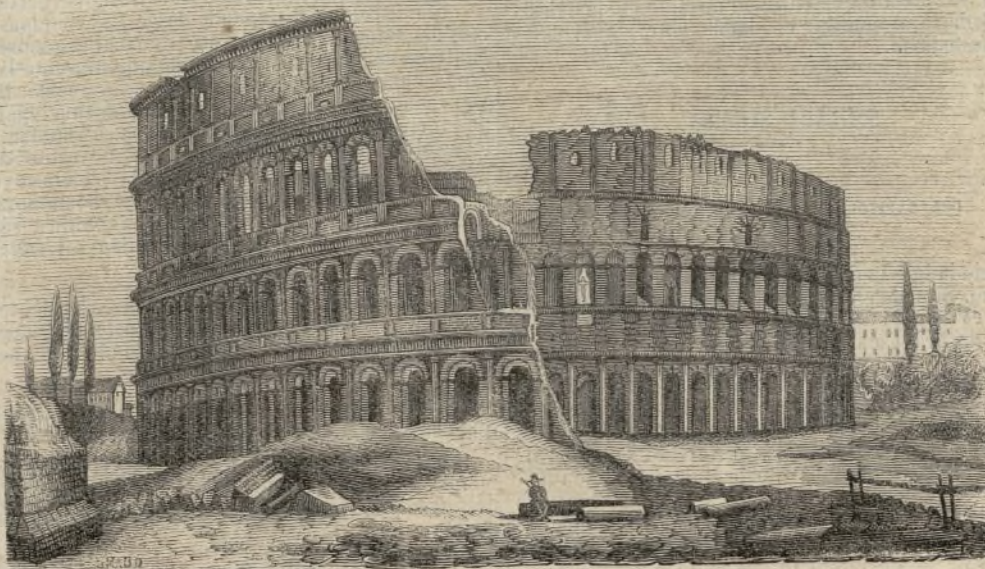


obelisco que fué erigido por Psamético I en Heliópolis. Allí se halla la Curia Inocenciana, magnífico palacio, desde cuyo balcón se saca la lotería dos veces al mes.



VISTA POSTERIOR DEL CAPITOLIO.—FORO ROMANO.—TEMPLO DE JUPITER.—COLUMNA DE FOCAS.

El templo de Antonino con once magníficas columnas: este edificio es hoy la aduana de tierra, en donde los viajeros tienen que bajarse para someter sus equipajes a la inspección de los aduaneros.



META SUDANTE.—EL COLOSEO EN SU EXTERIOR.

La iglesia de San Ignacio, una de las mas opulentas de Roma, edificada á costa del cardenal Luis Ludovisi, sobrino de Gregorio XV. Colegio romano, Observatorio astronómico, Biblioteca, Museo fundado por el famoso Pedro Kircher: estos conventos, como la mayor parte de los de Roma, eran



asilos de virtud, y foco de las ciencias, encerrando en su seno tantas luces como las academias mas célebres.

El palacio Sciarra, posee una de las mejores colecciones de cuadros.

La iglesia de San Marcelo, segun la tradicion, edificada en el mismo punto de la casa de Santa Lucina, famosa dama romana del V siglo.

La iglesia de Santa Maria *in via lata*, segun la tradicion, era la casa donde San Pablo permaneció al lado del Centurion que lo habia conducido á Roma por orden de Festo. De esta iglesia ha sido canónigo supernumerario Pio IX.

El palacio de Venecia, pertenecia en otro tiempo á la república del mismo nombre; fué edificado en 1468 con piedras del Coliseo y del Foro de Nerva. Carlos VIII, rey de Francia, se alojó allí cuando pasó por Roma para la conquista de Nápoles. Es vastísimo este palacio, y presenta en su esterior el aspecto y la solidez de una fortaleza de la edad media. Ha sido estos últimos tiempos la residencia del embajador de Austria, hasta que en el mes de mayo de 1848, los revolucionarios hicieron arrancar las armas del Austria, haciéndolas en seguida pedazos. Dentro de este palacio se halla la iglesia de San Marcos.

Palacio Torlonia, en frente del de Venecia. Juan Torlonia, duque de Bracciano, lo ha adornado con cuadros de los mejores pintores de la época, tales como Camuccini, Lundi y otros; en él se halla el famoso grupo de Hércules y Lycas, por Canova.

Aquí termina la calle del Corso.

Partiendo hácia la derecha, se encuentra la iglesia de Jesus, templo suntuoso servido por los jesuitas. Tienen estos otra iglesia en otra parte de la ciudad en donde el viento sopla frecuentemente, tanto que hay un cuento entre las gentes del pueblo, segun el cual un dia pasando el diablo en compañía del viento, dijo á su compañero, es preciso que entre al instante en la iglesia, aguardame á la puerta; el diablo entró, y el viento aguarda todavía.

## SEGUNDA SECCION.

### DEL CAPITOLIO A SAN JUAN DE LETRAN.

Desde la iglesia misma de Jesus, se ve el monte del Capitolio. Situado en el lugar donde estuvo en otro tiempo el templo de Júpiter Capitolino, se ve hoy la iglesia de Ara Coeli, dedicada á la Virgen.

El Capitolio moderno, santuario de las artes, está levantado sobre los dibujos de Miguel Angel. Vénse en él las estatuas colosales de Castor y de Polux, y en medio la estatua ecuestre de Marco Aurelio Antonino, la sola de este género que ha quedado de la antigua Roma. Súbese á él por una grande escalinata construida por Paulo III. Allí está el palacio Senatorial, donde se reúne el ayuntamiento, fundado en 1390 por Bonifacio IX.

El Museo del Capitolio, enriquecido por Benito XIV, Clemente XIII, Pio VI, Pio VII, y Leon XII: en el patio del Museo se halla la estatua del Océano, llamada el Marforio, y varios sarcófagos encontrados en las cata-

cumbas. El Museo contiene varias salas; la de Canope, la de las Inscripciones; la sala de la Urna; la del Vaso, llamada así por el magnífico que se conserva encontrado cerca de la tumba de Cecilia Metela; la galeria llamada de los Emperadores, que contiene bustos de los césares y de las emperatrices; la sala de los Filósofos; la sala del Fauno; la sala del Gladiador, famosa estatua del soldado gaula muriendo en la arena.

En el palacio de los Conservadores, se halla la estatua de Julio César, la sola imagen auténtica del mas grande de los romanos, conservada en el mismo sitio en donde fué herido por el puñal de Bruto y los asesinos.

En una de las salas de este palacio se halla tambien el Prothomoteco, instituido por Pio VII, vasto salon donde se reúnen los bustos é imágenes de los grandes artistas, y de los hombres eminentes de Italia.

Detrás del Capitolio y bajando por una pequeña rampa se encuentra la prision Mamertina. Su antigüedad data desde Anco Marcio, cuarto rey de Roma; la escalera se llamaba *Scalae gemoniae*. Allí fueron encerrados Yugurta, que murió de hambre; allí Cetego, Statilio, Gabino, cómplices de Catilina, que fueron estrangulados por orden de Ciceron; Seyano, muerto por orden de Tiberio, Simon, hijo de Goras, rey de los judios, preso por Tito; San Pedro y San Pablo, segun la tradicion, fueron tambien encerrados en esta prision. Bajábanse á ella los reos por medio de sogas, tapándose despues la entrada con una piedra, como sucede con los pozos, empero ahora para poder bajar á visitarla se ha construido al rededor de la pared una pequeña escalera de caracol. A la luz de las antorchas visitamos esta oscura é histórica prision, en cuyo fondo hay un manantial de agua que nos dijeron apareció allí milagrosamente, y que sirvió para que bautizase San Pedro á los carceleros que le guardaban en la cárcel, y que habia convertido á la fé de Jesucristo.

Cerca del Capitolio se encuentra la famosa roca Tarpeya, que cuesta gran trabajo ver hoy dia por la elevacion que ha adquirido el suelo en el trascurso del tiempo.

A la espalda del Capitolio desde las ventanas mismas del Senado, se ve el Foro romano, ese museo gigantesco del imperio del mundo que presenta la profunda humillacion histórica de un gran pueblo. Hoy se ven reunidas carretas y rebaños en el mismo lugar donde los ciudadanos de la antigua Roma se reunían á dar leyes al mundo, y se oyen mugir los bueyes de Sabina, en el mismo sitio en que resonaba la poderosa voz de Ciceron; así es que el Foro romano se llama hoy *Foro bacino* ó *Foro boario*, vendiéndose á pública subasta los animales, en el punto mismo donde se vendian en otro tiempo los tronos del Asia.

Allí se ven aun las tres bellas columnas del templo de Júpiter onante, erigido por Augusto despues de la guerra de España por haber escapado al doble peligro de la tempestad y del rayo.

Se ven los restos del templo de la Fortuna, restos que consisten en ocho hermosas columnas.

Vénse igualmente las tres columnas corintias del templo de Júpiter Stator, llamado *Grecostasy*, edificio destinado á la recepcion de los embajadores en tiempo de Pirro.

Se ve en medio la columna de Focas, destinada á este tirano por el exarca Smaragaldo.

Cerca de estos nobles vestigios se encuentran los restos del templo de la Concordia, y de la Curia Hostilia, donde el Senado se juntaba, obra del tercer rey de Roma, y



sitio donde se hallaba la higuera á cuya sombra la loba habia dado de mamar á los fundadores de Roma, Romulo y Remo. Sin duda no podia haber en el universo para los ciudadanos romanos un lugar mas santo que el Foro, situado entre semejantes monumentos, y entre el monte Palatino y Capitolino, entre el surco en que con mano fuerte trazó Romulo el recinto de la antigua Roma, y la Via Sacra, llamada así por un gran recuerdo, el de la alianza entre Romulo y Tacio, rey de los sabinos. Esta Via Sacra fué dirigida despues por el Senado al Capitolio, haciéndola pasar bajo el arco de Septimio Severo, vencedor de los partos y del Oriente.

Inmediata está la iglesia de San Lucas, magnífica, en la que se halla establecida la academia de pintura de este nombre, y donde se conserva el cráneo del inmortal Rafael, descubierto en 1833.

Sobre esta Via Sagrada, cuyo suelo está empedrado con pedazos de mármol, de lava basáltica, donde aun se ve marcado el surco del carro de los triunfadores, se ve el hermoso templo de Antonino y Faustina, hoy iglesia de San Lorenzo. En este templo desplegó el pueblo romano toda su galantería, inmortalizando y divinizando á su jóven soberana.

De todos los templos levantados sobre la Via Sagrada, el mas santo fué sin duda el de Romulo y Remo. Hoy este templo es el vestibulo de la iglesia de San Cosme y San Damian, edificada al nivel del suelo actual sobre una parte de sus construcciones. En este templo se encontraron en el siglo XV las tablas de mármol sobre que estaba grabado el plano de Roma, y que hoy se encuentran embutidas en la pared de la escalera del Museo Capitolino.

Marchando siempre por la Via Sacra se encuentran tres inmensas bóvedas de ladrillo, restos del templo de la Paz, en otro tiempo palacio de Magencio, y que á la muerte de éste, cuando entró Constantino en Roma, fué convertido en iglesia con el nombre de basilica de Constantino.

Mas adelante se ve el arco de Tito, levantado en honor del hijo de Vespasiano despues de la conquista de Jerusalem. Este arco tan elegante no tiene mas que un solo ojo. Está enriquecido con hermosos bajos relieves que no dejan duda alguna acerca de su destino; porque enfrente de Tito, representado sobre su carro, rodeado de lictores y seguido de su ejército, están las puertas del despojado templo de Jerusalem, el candelabro de oro con los siete mecheros, la mesa, y el arca que encerraba los libros santos.

Entre el templo de la Paz y el arco de Tito habia construcciones considerables que constituian la unidad del antiguo Foro. Allí se ven los restos del templo de Venus y de Roma!

**Monte Palatino.** Sobre esta colina Evandro fundó una ciudad llamada Palantium, y mas tarde los mas ilustres romanos establecieron en ella sus casas. Augusto nació en el Palatino el 27 de setiembre del año de la fundacion de Roma 691, edificando allí el palacio que fué la morada de los Césares. Despues de un incendio, Neron lo reparó tan magníficamente que recibió el nombre de la *Casa dorada*, en donde se veian mas de tres mil columnas y la estatua colosal de Cenodoro.

Nada en la Europa antigua ni moderna puede dar una idea de lo que eran los palacios, las *thermas* y los jardines de los Césares; lo gigantesco de semejantes construcciones se demuestra por las ruinas del Palatino y por la casa de Neron, de quien se cuenta que cuan-

do durmió en ella por la primera vez dijo, «al fin estoy alojado como un hombre.»

Jenserico, rey de los vándalos, saqueó la *Casa dorada*, en donde se apoderó de todos los vasos sagrados que Tito habia traído de Jerusalem.

Hoy no se ven sobre el Palatino sino ruinas gigantescas, entre las que crecen encinas, laureles y cipreses. Es un lugar de los mas tristes y pintorescos de Roma!

Allí se encuentran los jardines Farnesios, sobre las ruinas de la casa de Augusto, y la villa Palatina, en otro tiempo Villa Matthey, que hoy pertenece á un rico lord inglés.

La *Meta sudante*, son restos de una inmensa fuente que se elevaba cerca de la casa de Séneca, á la entrada del Circo adonde se lavaban los atletas, y gladiadores.

El *Coloseo* ó Coliseo, es el monumento mas gigantesco y la ruina mas notable de todas las de Roma, el cual en pie despues de tantos siglos sobre sus propias ruinas, presenta intactos sus cuatro pisos de arquitectura coronando la triple bóveda de sus galerías; atleta gigante, victorioso, aunque mutilado en su lucha contra el tiempo, con los hombres y con los elementos; testigo inmortal y sublime de Roma y de Cristo. Vespasiano edificó ese Coloso con doce mil judios cautivos. Tiene de alto 157 pies, 1,650 de circunferencia exterior, y su arena 285 pies de largo, sobre 182 de ancho. Durante muchos siglos, fué el teatro de los sangrientos placeres de Roma. Desde el siglo XI hasta 1312 sirvió de castillo fuerte á muchas familias nobles. Mas tarde fué transformado en hospital; y por mucho tiempo ha suministrado materiales á los mas grandes palacios de Roma, pero desde principios del siglo XIX, los papas han manifestado el mayor cuidado en conservar estas ruinas prodigiosas. Para salvarlas de la destruccion, y á este fin, han establecido un *via crucis* en el Circo. Nosotros hemos visto este vasto anfiteatro, cubierto de verde, iluminado por la luna. Hemos visto desiertas las jaulas donde bramaban los triges y los leones en otro tiempo; nos hemos paseado por el sitio desde donde los mártires oian sus bramidos, como el marino oye sobre una mar tranquila el lejano mugido de los vientos que han de hacer zozobrar su barquilla; hemos paseado largo tiempo sobre el campo de batalla donde luchó el cristianismo, y donde no hay grano de arena, que no esté teñido con la sangre de los cristianos, esa gran familia siempre dispuesta para la muerte.....

No hay una piedra de sus graderías donde un generoso confesor no haya dejado una parte de su cuerpo. La estatua colosal del primer perseguidor de los cristianos dió su nombre al Coliseo; tenia 120 pies de altura, empero Vespasiano la hizo sustituir con una estatua del Sol cuyos rayos tenian 22 pies. Un toldo inmenso se extendia sobre el circo del combate; parecia que se queria ocultar á la vista del cielo los nobles testigos de Cristo, como si el cielo no hubiese estado siempre presente en el corazon y delante de los ojos de sus atletas, que combatieron bajo el ojo y el cielo de Dios, segun la elegante espresion de Tertuliano, *sub celo Dei* y que veian en cima de sus cabezas á sus hermanos coronados de gloria que les gritaban, constancia!

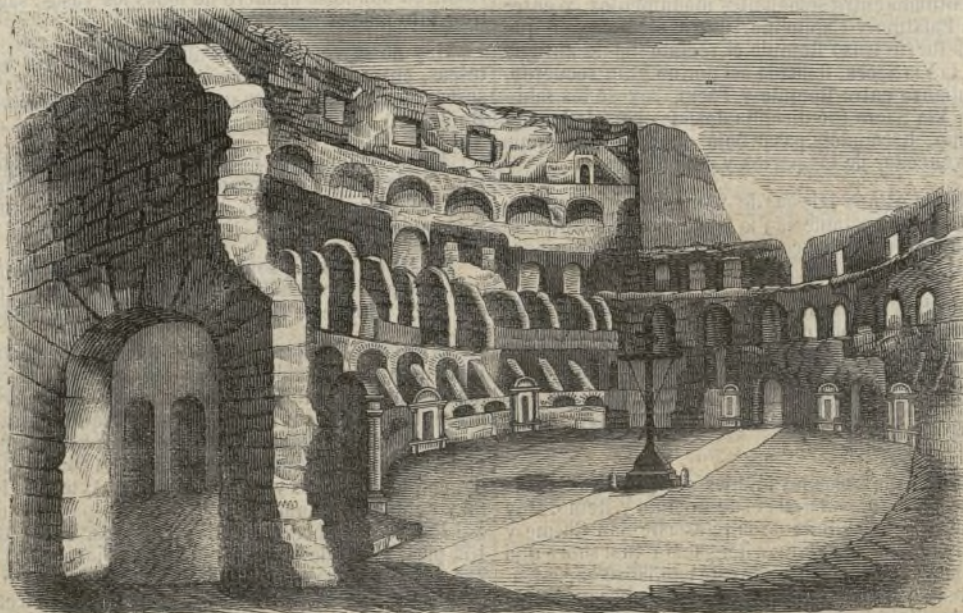
El Circo fué el principal palenque donde luchó el cristianismo con los dioses del decrepito Olimpo. Tres siglos duró esta lucha!

Entre el Palatino y el Coliseo se levanta magestuoso el arco de Constantino. Para alzar este monumento al restaurador del cristianismo, se multó otro arco triun-



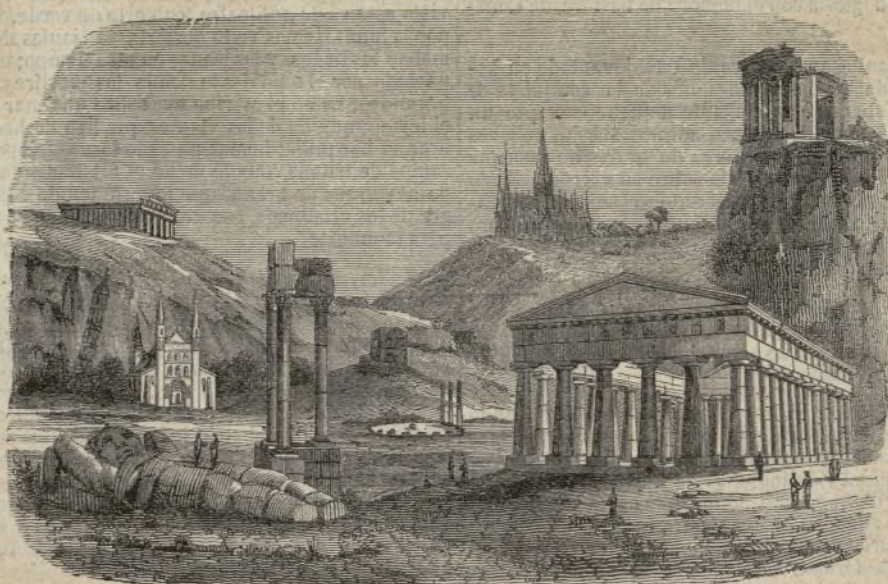
fal, el arco de Trajano. Asi, á pesar de su inscripcion que anuncia su dedicacion á Constantino, vencedor de

Magencio, sus grandes bajos relieves representan accio- nes de guerra de Trajano, y es heterogéneo el conjunto



INTERIOR DEL CIRCO.—VIA-CRUCIS.

de su arquitectura. Este arco de triunfo, el mas bello de todos, presenta la lucha de dos siglos y de dos césa- res; de Trajano, el persecuidor del cristianismo, de Constantino, que da la paz á la iglesia.



VISTA COMPUESTA DE VARIOS MONUMENTOS DE ROMA.—MONTE MARIO.

Aquí termina la perspectiva de la Roma antigua, vastísimo campo de ruinas, llamado con razon el Valle de los monumentos.

En el número próximo entraremos en la tercera seccion de Letran al Quirinal!

EL CONDE DE FABRAQUER.



## GLORIAS DE ESPAÑA.



¿ACASO QUERREIS ESTORBARNOS EL PASO?

### LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA.

I.

Una novedad de suma importancia traía alterados á los habitantes de la ciudad de Burgos, é inquietos los ánimos de las personas notables que habia, no solo en dicha ciudad, sino en el resto de Castilla. Era en el año de 896, precisamente cuando Burgos, recientemente poblada y restaurada, empezaba á merecer el nombre de ciudad, gracias al empeño que en ello habia formado el conde don Diego Porcelos, tan afortunado en las cosas de guerra como discreto y atinado en las de paz. Además de este ilustre conde, habia entonces en Castilla otros varios señores que tenían este título y gobernaban estados: tales eran don Nuño Fernandez, don Almondar el Blanco, don Diego su hijo y Fer-

nan Ansures. Todos estos magnates, entonces reunidos en Burgos, iban á salir de esta ciudad para dirigirse á la de Leon, y esta salida es la que alarmaba á los naturales. Siniestras predicciones y extraños rumores circulaban de boca en boca acerca de aquella salida, que no era como otras para acometer á los infieles llevando por delante los pendones de Castilla. Reinaba entonces en Leon el rey don Ordoño II, y este monarca que lejos de agradecer á los castellanos los auxilios que al reino de Leon habian prestado, les causó, por el contrario, algunas molestias, era el que llamaba á Leon á los condes, socolor de tratar con ellos negocios de importancia: despues se señaló para la junta un pueblo llamado Regular, situado en los confines de ambos reinos.

Notorios eran la ojeriza que el rey de Leon tenia á los condes de Castilla y el despecho con que miraba su progresivo engrandecimiento y el cariño que sus vasallos les profesaban; cosas todas que don Ordoño creia, redundaban en descrédito de su corona y en menosca-



bo de la autoridad que le importaba conservar sobre los castellanos. A estos tampoco se les ocultaban las intenciones del rey, y por esta causa, cuando se agolpaban á las puertas de Burgos para ver salir á sus queridos condes, cuando advirtieron que iban sin escolta suficiente y con trages como para una fiesta, cuando echaron de ver, en fin, la tristeza que se descubría en su semblante, á pesar de una afectada seguridad, quisieron oponerse á su salida; encubriendo esta especie de insubordinacion con las demostraciones de sentimiento que su partida les causaba.

El anciano conde don Diego Porcelos, que como era natural iba á la cabeza de la lucida cabalgata, conmovido al ver aquellas demostraciones del pueblo, tiró de las riendas al caballo y preguntó:

—¿Qué es esto, amigos ¿acaso querreis estorbarnos el paso? ¿Acaso no nos dejareis ir á donde nuestra empenada palabra nos llama?

Estalló entonces un confuso rumor de voces, quejas y siniestros pronósticos, manifestándose á las claras la desconfianza en el rey de Leon, por lo que el conde don Diego, notando la efervescencia de los animos, volvió á tomar la palabra, diciendo con reposada voz:

—¡No hay por qué temer! Las intenciones del rey don Ordoño deben ser sagradas para nosotros. Lejos de él está el aceptar la infamia de una desleal conducta: nos llama para conferenciar á la frontera de sus reinos y este es el modo de tratar de igual á igual entre principes comarcanos. ¡No hay por qué temer!

—Y aunque lo hubiese, dijo el conde don Nuño, no por eso habia de perderse Castilla, pues aun quedaban el valor y constancia de sus hijos. Si nuestras vidas corriesen algun peligro, decid, ¿qué hariais?

—¡Vengaros! exclamaron varias voces.

—Si fallais, proclamaremos la independencia de Castilla, gritaron otros.

—Y pereceremos hasta el último por sostenerla, clamaron los demas.

—Pues en ese caso, lo de menos son nuestras vidas.

Dijo el conde don Nuño y picando espuela para poner término á tan penosa entrevista, dió el ejemplo de partir á toda la cabalgata que siguió hasta encontrar las frescas orillas del río Carrion, dirigiéndose por ellas hasta el punto en que este rio parte términos entre Leon y Castilla.

## II.

Ni un solo instante dudaron los condes de Castilla de que no eran infundados los temores que sus leales súbditos les habían manifestado, así que se hallaron en la presencia del rey don Ordoño II de Leon. El severo aspecto del monarca, el grave continente de las personas que rodeaban su trono, y la presencia de gente armada en el salon, no eran á la verdad los mejores indicios para inspirar confianza; pero de todos modos, los condes que habían dejado su escaso acompañamiento fuera del edificio, penetraron dentro del salon. Creían que el monarca se adelantaría á recibirlos, ó haría por lo menos alguna demostracion de cortesania; mas advirtiendo su ceremoniosa y glacial acogida permanecieron suspensos y con la cabeza descubierta en actitud respetuosa si, pero tranquila, y con cierta arrogancia, que no podia menos de realzar el noble y magestuoso porte de aquellos caballeros.

El rey, que sin duda esperaba hincasen la rodilla delante de él, les dijo con cierto ademan de sorpresa.

—Acercaos, nobles señores, pero tened presente que os hallais ante el rey don Ordoño de Leon, ante vuestro legítimo señor feudal.

—Disculpados, señor, pero en representacion de los

pueblos que aqui nos envían, no podemos guardar con vos ninguna humilde deferencia, sino tratar de igual á igual de evitar que se turbe la armonia entre Leon y Castilla, dándonos satisfaccion de algunos agravios recibidos.

Semejante respuesta del conde don Diego, aprobada con signos inequívocos por los demas condes, llenó de cólera al rey don Ordoño que exclamó:

—Ciertas eran las noticias que de vosotros tenia: vuestra arrogante conducta las confirma!... Condes, no ignoro que lejos de ser mis súbditos leales, sois mis enemigos secretos: que lejos de unir todas vuestras fuerzas contra los infieles, nuestros comunes enemigos, intentais haceros gefes de turbas independientes, introduciendo una division lastimosa entre los pueblos de Leon y de Castilla.

—Creiamos, señor, dijo entonces el conde don Nuño Fernandez, que nuestra venida seria, no para escuchar infundadas acriminaciones, sino para reparar ofensas y contrafueros tratando lo que mejor conviniese al bien del estado. Tiempo es ya de que sepamos lo que deseais ó lo que esperais de nosotros.

—Si, tiempo es ya, contestó don Ordoño, de que sepais cual es mi soberana voluntad. Preciso es que reconociéndome como á vuestro rey, hagais por vosotros y por los pueblos de Castilla pleito homenaje de obedecerme y acatarme, confirmando esta promesa con solemne juramento.

—¡Inútil es exigir semejante imposible de nosotros! exclamó al instante don Fernando Ansurez.

—Advertid condes, dijo con marcada intencion don Ordoño, que os tengo dentro de mi propio alcázar y que no saldreis de él sin que....

—Señor, interrumpió don Diego, deseando atraer al monarca á mejores sentimientos, sabido es que los pueblos de Castilla han tenido siempre á los monarcas de Leon por naturales protectores mas bien que por señores.

—¡Jamás! exclamó con alterada voz el fogoso don Nuño, jamás los invictos castellanos se sujetarán de buen grado á los opresores monarcas de Leon!

Don Ordoño, pálido, trémulo, arrebatado, en fin, por la cólera, puso de pie derecho, gritando:

—¿Qué, osais insultarme dentro de mi propio palacio? ¡Hola soldados; poned mano á estos hombres temerarios: yo les haré ver que aun soy su legítimo rey.

Los condes volvieron la vista hácia la puerta y la hallaron ocupada por hombres de armas. Además, á un signo del monarca varios soldados se precipitaban sobre ellos. Pusieron, pues, mano á las espadas y aprovechando el involuntario retroceso que en sus enemigos causó aquel brusco movimiento, se pusieron resueltamente en guardia, resguardadas las espaldas con la inmediata pared. Pero la resistencia á mano armada, por mas que la defensa fuese natural, podia interpretarse como un desacato á la magestad y autorizar ó dar pretexto á cualquier atentado del rey contra el derecho de gentes. Bien lo conocieron esto los condes en medio de su impetuosidad, y por esta causa y porque la resistencia seria tan temeraria como inútil, á la menor indicacion de don Diego entregaron voluntariamente las espadas. Entonces el noble é indignado anciano vuello hácia don Ordoño, le dijo:

—Tu conducta, ¡oh rey! no nos sorprende: antes de salir de Castilla ya la teniamos bien sabida. En tus manos estamos; pero ni las amenazas, ni la violencia, podrán arrancar de nosotros una sola espresion contra nuestra voluntad y nuestro honor. Primero que nuestra vida, es el cumplimiento de nuestra palabra y el bien de nuestra patria.

—Llevadlos á Leon, gritó el rey dando una fuerte patada en el suelo, encerradlos en una torre, y si alli no



tratan de mudar de conducta, por San Pelayo, mi patron, que no han de salir del lance tan fácilmente como ahora.

Muy poco tiempo despues de este suceso llegó á Castilla la noticia de la muerte alevosa y cruel dada á los condes.

### III.

Cierto es que los hombres poderosos en Castilla, y muy particularmente los llamados condes, lejos de concentrar todas sus fuerzas con las de los reyes de Leon para sostener una guerra continua con los árabes, dueños desde su funesta invasion de las mejores provincias de España, solo trataban de cimentar su independencia, rompiendo con aquellos reyes cuando mejor les conviniese. Verdad es tambien que podia reputarse por crimen levantar el estandarte de la rebelion antes contra un principe cristiano que contra los infieles, contrariando el grandioso pensamiento de dar unidad á la monarquia sacudiendo el yugo extranjero; pero estos actos en que mas puede culparse á los condes, no disculpan la conducta que con ellos observó el rey don Ordoño II de Leon, la deslealtad con que echó mano á unos hombres que, fiados en su palabra, venian de seguro y sin guardia suficiente, y sobre todo la alevosia y crueldad con que les sentenciá á muerte. Semejante proceder, borra inalterable en la historia de aquel monarca, no era tampoco el mas á propósito para granjearle la voluntad de los pueblos de Castilla; pero fué suficiente para debilitar sus bríos y estorbar los proyectos que el suspicaz monarca les atribuia. Llenáronse de indignacion los leales castellanos al saber el degüello de sus condes, no solo porque los amaban, sino porque no hallaban razon ni fundamento para esta crueldad mas que en la desconfianza del rey y en las calumnias de los envidiosos. Clamaban por la venganza, pero consternados con este suceso, sin gefe que los dirigiese, y con los árabes que por otra parte les acosaban, eran incapaces de tomarla. Antes sobrevino la muerte de don Ordoño que el levantamiento de los castellanos; pero habiendo sucedido á aquel monarca su hermano don Fruela, rey cobarde, torpe y cruel, los naturales de Castilla le negaron públicamente la obediencia y se prepararon á resistir si necesario fuese. Pero en este levantamiento era de temer la anarquia en las poblaciones y se necesitaba una persona de prestigio que supiese dirigir y aprovechar el movimiento del pueblo. Dos solas se encontraron que mereciesen la confianza de todos en tan aciagos dias y con la notable circunstancia de estar emparentadas con el conde don Diego, cuya memoria era tan grata: tales fueron Nuño Nuñez Rasura y Lain Flavio Calvo, de origen romano. Se consideró como un acto de gratitud y reparacion el elegir á estas dos personas, las que por otra parte, como demostró la esperiencia, eran muy dignas de ponerse al frente de los castellanos. Fueron estos á buscar á Nuño Rasura y á Lain Calvo y llevándolos en triunfo á la numerosa asamblea de las personas mas notables les hablaron asi:

—El pueblo castellano, por consentimiento general, os elige para que le gobiernéis. Os damos poder para que

lo que vosotros hagais sea lo mismo que si lo hubiésemos resuelto y hecho todos.

—Aceptamos gustosos, contestó Nuño Rasura y esta autoridad que nos confiáis, á vosotros la volveremos cuando no esteis satisfechos de nuestra conducta.

Tratóse luego del titulo de honor y dignidad que habia de darse á los dos nuevos gefes del pueblo y como sobre esto anduviesen discordes los pareceres, Lain Calvo exclamó:

—No queremos titulo de principe, ni de conde ni ninguno de esos pomposos renombres cuyo esplendor parece que deslumbra y puede servir de pretexto para acabar con la libertad.

—Un modesto titulo nos conviene, continuó Nuño, y puesto que nuestro intento es dar á cada uno su derecho y la justicia ha de ser el norte de nuestras acciones, solo aspiraremos á merecer el renombre de *Jueces de Castilla*.

Con aplausos fueron recibidas estas palabras, pareciendo de buen agüero y causando tal entusiasmo en los castellanos, que rodeando á los nuevos jueces les decian:

—Ahora disponed de nuestras vidas, bienes y estado, y decidnos que es lo que se debe hacer.

—¡Guerra! ¡Venganza! gritó Lain Calvo.

—¡La paz, la paz! contestó Nuño Rasura conteniendo con sus palabras y ademán á los que aplaudian la impetuosa demostracion de su compañero.

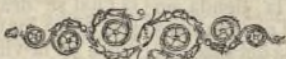
Notando la extrañeza que causaban estas palabras, continuó:

—La paz, aunque para mejor asegurarla nos preparemos á la guerra. No podemos arrostrar los peligros de una invasion agresora en las tierras de los reyes de Leon; pero estos odiosos monarcas quedarán sobradamente castigados si aseguramos la independencia de nuestro territorio y sabemos sostenerla con las armas. El derecho y la razon están de nuestra parte. No habeis perdido vuestra libertad, castellanos, la teniais depositada y ya es tiempo de recobrarla. A esos reyes de Leon no los habeis tomado por señores sino por protectores: jamás han osado ellos titularse reyes de Castilla. Ahora, y en esto es preciso que estemos todos conformes, jurad delante de Dios que á tan odiosos monarcas ni aun por protectores volveréis á reconocerlos.

—¡Lo juramos! contestó la muchedumbre entusiasmada.

Hubieran los castellanos sabido cumplir su juramento, si los reyes de Leon les hubiesen disputado sus derechos; pero ellos no se atrevieron á tanto, y desde entonces data la independencia de Castilla. Los dos jueces, Nuño Rasura para las cosas de paz, y Lain Calvo para las de guerra, la gobernaron por muchos años. A estos jueces siguieron otros hasta los tiempos de Fernan Gonzalez en que los castellanos, movidos de sus hazañas, le hicieron conde hereditario y fundaron la soberanía de Castilla. En esta se refundió despues su rival la del reino de Leon, y á ella fueron reduciéndose sucesivamente los diversos estados de la Peninsula y los vastos dominios que en ambos hemisferios constituyeron en afortunados dias la monarquia española.

F. F. VILLABRILLE.





## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### LA HERMANA DE REMBRANDT.



#### CAPITULO III

(Continuacion.) (1)

—Padre mio, dijo Luisa con cierta resolucion, pero con voz algo trémula, hoy no es domingo.

Gerretz le dirigió una de esas miradas estúpidas que tan comunes son á los que se dan al vicio de la embriaguez, y cogiendo el jarro lleno de cerveza lo apuró hasta no dejar gota.

Levantóse luego de la mesa y tomó lentamente el camino del molino, como acostumbraba á hacerlo, resignado á dejarse conducir por su hija, como se habia dejado manejar por su esposa.

Cuando Luisa levantó los manteles de la mesa y colocó cada cosa en su lugar, segun la costumbre de su madre, llamó á Pablo y estrechándole cariñosamente las manos entre las suyas, le dijo:

—Escucha, Pablo, pues ya estás en edad de comprenderme. Sé que tu corazon es muy bueno, y que no eres un muchacho sin talento; ademas que los pesares las suelen avanzar la razon.

—Habla, hermana mia, contestó Pablo fijando sus dos grandes ojos negros en los azules de Luisa.

—Pues bien, añadió esta, vamos ahora mismo á pedir á nuestro padre que te envíe á Leiden para aprender la pintura en casa del maestro Santiago Van-Zvaanenburg.

—¡Oh hermanita mia! exclamó Pablo arrojándose en sus brazos y estrechándola con efusion contra su pecho.

—Ya ves, Pablo, que no es una resolucion de poca importancia la que vamos á tomar; porque en primer lugar contraria los primeros proyectos de nuestro padre que no dejará de reconvenirme con razon si los resultados no me justifican; en segundo lugar exige gastos de consideracion y nosotros somos pobres, y por último voy á abandonarte á ti mismo y á separarme de ti. Y con todo, despues de una pérdida cruel, es cuando mejor se comprende lo que hay de bueno y necesario en los vínculos de la familia.

Pablo besó respetuosamente la mano de Luisa.

—Escucha, hermana, siento dentro de mi una cosa que me dice: marcha, y tu hermana se alegrará algun dia. Déjame, pues, partir, y si alguna vez llevo á causarte un solo pesar, llámame malo y no me ames, por que seria el ingrato mas despreciable de la tierra.

—Si papá nos dá su permiso, partiremos mañana por la mañana; es domingo, y los cuidados de la tienda no reclaman tanto mi presencia en la casa. Lo examinaré todo por mí misma; te acompañaré á casa del maestro Van-Zvaanenburg, y así estaremos un dia mas juntos.

Y al decir esto lloraba; pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, añadió: Todo esto es por tu bien, Pablo, es

preciso valor. Así, pues, vamos á buscar á nuestro padre, y tratemos de obtener su consentimiento; procura estar listo para mañana por la mañana.

Santiago Gerretz con su gran baston en la mano, se paseaba por el campo á las inmediaciones de su molino, cuando vió llegar á Luisa y Pablo.

—Padre mio, dijo Luisa sentándose sobre una piedra y atrayendo á sus brazos á Pablo que temblaba, venimos á pedirnos una gracia.

—¿Y cuál? dijo Mr. Gerretz, que dejando descansar sobre el suelo su gran baston, fijó en los dos niños una mirada severa; yo creía que la señorita Luisa daba órdenes, pero no pedia gracias.

—Padre mio, respondió la jóven con los ojos llenos de lágrimas y en tono suplicante; padre mio, ¿seré tan desgraciada que haya podido ofenderos?

—No digo eso; eres una hija muy buena; vamos, añadió conmovido con el dolor de Luisa, es preciso que otra vez no tomes tan á pecho lo que digo, ni te aflijas tanto por una bicoca; yo soy el que he obrado mal, y no merecia por cierto ni una hija como tú, ni una muger como la que he perdido, vamos, hija mia, ¿qué quieres?

—Pablo quiere no aprender ya el latin.

—¿Y qué quiere hacer?

—Entrar como discípulo en casa de un pintor de Leiden.

—Bien, bien, que vaya. Esto es contrario á mi proyecto, pero aunque yo me opusiera, al fin acabariais por hacer vuestra voluntad. Que marche, pues, á Leiden y entre en casa de un pintor; pero que se porte bien y no me dé que sentir... Pero allá abajo veo á maese Antonio Vandermost, el mercader de lienzo. ¡Hola! compadre ¿No quereis venir á beber conmigo un par de botellas de cerveza?

Y se alejó con el mercader de lienzo.

Cuando Luisa volvió á casa, mandó sacar del granero un cofre que llenó de ropa, no sin haber examinado antes pieza por pieza, y remendado ó zurcido las que estaban rotas. Cuando ya no quedó ni una malla que zurcir, ni un boton que asegurar, quitó la llave del baul, se la guardó y se fué ella misma á la escuela en busca de sus dos hermanitas.

Alegre sorpresa que les causaba tambien de vez en cuando su madre cuando vivia.

Antes de continuar esta narracion, conviene decir algunas palabras acerca del maestro, á cuya casa quiere Luisa conducir á su hermano, acerca de Santiago Zvaanenburg, cuya historia, por otra parte, no pasa de ser muy comun, pues en cuanto al fondo, es poco mas ó menos, la de todos los hombres, variando solo en los resultados.

Hay dos clases de organizaciones: una, bastardeada por la mala educacion; muelle, fria, indiferente, y sobre la cual se deslizan, tocándola apenas, las decepciones que sufre inevitablemente un hombre á medida que entra en la vida.

Los que de esta suerte están organizados por su educacion y naturaleza pierden poco durante la travesia, porque tienen poco que perder, y porque cuentan con poco. Habiéndose puesto en camino sin el entusiasmo que dan esperanzas sublimes, continúan su marcha con

(1) Véase el número anterior.



indiferencia, sin dirigir miradas de espanto hacia adelante, ni volver la cabeza atrás llenos de amargos recuerdos.

Otros, por el contrario, ardientes, sensibles, con el corazón colmado de poesía y de esperanzas, desde los primeros pasos sucumben a las decepciones, y no pueden levantarse más. Arrástranse aparte y en la sombra, con los ojos secos y el pecho oprimido, se burlan de los que corren hacia los escollos y les gritan: «miserables, insensatos.»

Maese Santiago Zvaanenburg era de estos últimos. Educado por su madre, por su santa y buena madre, viuda a los veinte años de un marido a quien amaba como saben amar las mujeres de Flandes, Santiago había llegado a la adolescencia sin conocer otra cosa que una existencia rodeada de cuidados, de caricias y de temores, una existencia que comenzaba por la mañana con un beso en la frente, y concluía a la noche con otro beso en la frente. Apoyado en una ternura sin límites, inefable y siempre creciente, que sobrepujaba todas las esperanzas y todas las necesidades de su corazón (porque cuanto más se inunda un corazón de ternura, tiene más necesidad y más deseos de ella) Santiago no había visto en el amor de una joven hermosa como un ángel más que el exceso de la felicidad.

¡Ay! y por aquella joven el insensato abandonó a su madre; sacrificó sus trabajos queridos de artista, dejó sus esperanzas de gloria. Atado a los pasos de su amada la siguió de pueblo en pueblo; pobre, algunas veces sin pan, reducido otras a los trabajos más humillantes para vivir; pero a lo menos la veía y recibía desde lejos una sonrisa; porque ella era rica y de un nacimiento muy ilustre, pero había olvidado su nombre y su rango por él, y le había dicho: «os amo, Santiago» y dando crédito a estas palabras el pobre Santiago había olvidado todo, todo, hasta su madre.

Un día, ricas carrozas condujeron a la iglesia a una hermosa desposada: una desposada que no lloraba, pero que sonreía a su noble y joven esposo, como poco antes sonreía a Santiago.

Santiago volvió al lado de su madre; porque, decía para sí, sufriré menos llorando ocultando mi cabeza entre sus rodillas y apoyando mi frente sobre su seno. Ella comprenderá mis dolores y los aliviará. Bendito sea Dios a pesar de las duras pruebas que me hace sufrir, porque no estoy solo en el mundo puesto que me queda mi madre para amarme, y el amor de una madre no engaña jamás.

Dióse prisa para llegar y cuando estuvo delante de la puerta de la casa de su madre, y tiró de la campanilla olvidó todos sus pesares, y dichas lágrimas humedecieron los ojos del desgraciado que hacía tres meses no había llorado, por que hay dolores sin lágrimas.

Su madre había muerto.

Todos creyeron que Santiago se había vuelto loco, porque por espacio de un año se encerró en la casa de su madre y no quiso ver a nadie ni dejarse ver de nadie. Una criada vieja venía a ponerle el alimento en el umbral de su cuarto, y algunas veces permanecía allí el alimento sin que nadie hubiese tocado a él.

Una mañana salió Santiago Van-Zvaanenburg, de su casa y fué a orar sobre la tumba de su madre: después de una larga y ferviente oración, entró en la tienda de un mercader de colores, compró lienzos y una paleta, pagó y se volvió a encerrar en su casa.

Nadie en la ciudad había reconocido en aquella figura pálida, flaca, austera, de barba y cabellos blancos, al joven que por su apostura elegante, bigotes negros y ojos de fuego, se atraía poco antes las miradas y la sonrisa de todas las damas.

A falta de creencias tiernas quiso Santiago adquirir la fe ardiente y áspera del arte, pero el arte desdeñó una

altura que no venía a ella, sino después de haber sufrido las repulsas de otra pasión.—O más bien esa otra pasión había marchitado demasiado el alma de Santiago para que el arte pudiese crecer en ella enérgico y sublime. Agotado por las luchas de la desesperación, sin confianza en sí mismo y a fuerza de decepciones, carecía de perseverancia en sus ensayos, como de atrevimiento en sus tentativas, y sabido es que el arte solo vive por la perseverancia y el atrevimiento. Así es que cuantos examinaban sus cuadros decían que Van-Zvaanenburg hubiera podido hacer más si hubiera tenido más atrevimiento, y que se quedaba muy atrás de su talento por desconfianza. De este modo se explica que apareciendo solo como un pintor mediano, fuera el maestro de pintura más célebre de la escuela flamenca y que acudiesen de todas partes numerosos discípulos, solicitando como un favor especial ser admitidos en su taller. No se crea, sin embargo, que era empresa fácil esta admisión, porque Santiago Van-Zvaanenburg, era uno de los artistas más estravagantes y caprichosos que jamás han existido. La ciencia de su medianía en pintura, y la imposibilidad de salir de esta medianía, habían venido a juntarse al resentimiento de sus antiguos dolores, y a hacer su carácter mucho más atraviado. Una expresión casi odiosa de sarcasmo, contraía su fisonomía y hacía más amarga la rechilla que hacía de aquellos de sus discípulos que por una falsa vocación iban a su taller. Con la mayor crueldad del mundo les quitaba hasta la menor de sus ilusiones, mostrándoles sin precaución, sin preámbulo, sin restricción de ningún género, su incapacidad, y a dicha podíanse tener que no los despidiese ignominiosamente en presencia de todos los demás. En cambio, prodigaba cuidados continuos a los discípulos en quienes descubría ingenio, pero dejaba traslucir en estos cuidados la misma rudeza y la misma severidad, destruyendo sin compasión las esperanzas prematuras a que se entregaban, y no dejándoles ninguno de esos gozos que la juventud hace fermentar en las cabezas de veinte años. Si pensaban en el porvenir, en la fortuna, en los honores y en la gloria, inmediatamente maese Van Zvaanenburg les citaba a Homero mendigando, a Ovidio desterrado, al Tasso loco, y a los pintores más célebres despreciados y pereciendo en la pobreza. Después, con una especie de cinismo contaba a aquellos de sus discípulos, cuya imaginación se inflamaba por los progresos rápidos que hacían en el estudio, de qué suerte se había creído también él hombre de genio, y como detenido de repente por un poder misterioso, no había podido desplegar sus alas y remontarse hasta donde creía poder llegar. Así es que sus discípulos le llamaban *Satanás*, y designaban el taller con el nombre de *Purgatorio*. Pero ya lo hemos dicho, el maestro tenía una manera tan victoriosa de demostrar y hacer sentir el arte, y a pesar de su carácter adusto, era tal su habilidad en hacer adelantar a los que estaban dotados de genio, que de todas partes recibía discípulos. Cuando a fuerza de instancias, y muchas veces por astucia, lograba alguno hablarle y dirigirle una demanda de admisión, tenía que resignarse a increíbles pruebas y hasta a los insultos de todo el taller, que provocaba y estimulaba entonces el maestro. Desgraciado del que no tenía paciencia durante la iniciación, porque era despedido sin piedad y con general aclamación, como insociable e incapaz de aprender, porque sin la paciencia, decía gravemente al neófito maese Van-Zvaanenburg, no hay pintura posible.

Sin duda la pobre Luisa no hubiera podido hablar al pintor ni conseguir de él el favor que esperaba, pues tímida y sin experiencia, la hubieran desalentado las primeras dificultades, pero su madre, sobre cuya tumba había orado antes de su partida, velaba por ella y la protegía, y un incidente feliz, que referiremos, vino a



hacer fácil una entrevista favorable con maese Van-Zvaanenburg.

#### CAPITULO IV.

##### ENCUENTRO.

¿Abandonó Dios jamás á sus hijos en el infortunio y en la miseria? Cuida hasta de los pajarillos, y su bondad se estiende sobre toda la tierra.

RACINE, *Atalia*.

A corta distancia de Leiden se paró la carreta conducida por un mozo del molino y en la cual iban Luisa y su hermano, por haber encontrado estos á un hombre ensangrentado y tendido sin conocimiento en medio del camino. Luisa echó inmediatamente pie á tierra, reanimó al enfermo, quiso á todo trance que subiese á la carreta y continuó á pie su camino.

Sentado Van-Zvaanenburg cerca de aquel sitio y á la sombra de un árbol, presencié aquella escena y sintió, por primera vez despues de tanto tiempo, humedecer una lágrima sus ojos. Levantóse en seguida y acercándose á la jóven le dirigió algunas palabras. Luisa le contestó con candor y poco á poco le puso al corriente de los motivos de su viage.

Van-Zvaanenburg oyó con aire desdeñoso la revelacion de Luisa y lanzando una mirada severa á Pablo guardó el mas profundo silencio. Un cuarto de hora despues pasaron los viajeros por delante de la fragua de un herrador, la cual arrojaba desde el fondo de una bóveda oscura resplandores rojizos y brillantes sobre los ennegrecidos rostros de los operarios. El niño se detuvo en su umbral y juntando las manos con éstasis exclamó:

—¡Oh Luisa, mira que admirables juegos de luz, y que vigorosa es la expresion que esos reflejos dan á las caras de los herreros!

—Te atreverías á dibujar esa escena? preguntó con tono incrédulo el taciturno viagero.

Pablo cogió un lapiz y en breves instantes trazó un croquis, imperfecto sin duda; pero en el cual se veian reproducidos con exactitud los efectos principales.

—Niña, dijo el pintor, no necesitais ir mas lejos; yo soy el maestro Van-Zvaanenburg y admito desde ahora á vuestro hermano en mi escuela. Id á participárselo á vuestra madre.

—¡Mi madre! repitió dolorosamente Luisa, mi madre está en el cielo.

—Si, añadió Pablo, está en el cielo, y ahora Luisa es nuestra madre.

Van-Zvaanenburg hizo algunas preguntas á Luisa, y pronto supo todas sus desgracias, su difícil posicion y su heroico sacrificio. Dióle un abrazo y le repitió que no se cuidase ya de la suerte de su hermano, puesto que pensaba tratarlo como á su propio hijo, y despues de haber dejado al enfermo en una posada y pagado el gasto para muchos dias hasta su completa curacion, se separó de Luisa, llevándose consigo á Pablo y caminando con paso presuroso hácia Leiden. Respiraba con mas libertad; sentíase mejor y su misantropia parecia ahuyentada con el encuentro que habia tenido, como los demonios son ahuyentados por los ángeles, porque la abnegacion de Luisa le habia restituido la mas dulce de las creencias, creencia sin la cual no hay alegría ni virtud posible: la creencia en las mugeres.

#### CAPITULO V.

##### LOS NIÑOS PERDIDOS.

Oye, hermana mia, oye como ruge el viento por entre los árboles, y aullan los lobos. Es preciso que nos callemos, es preciso acurrucarnos al pie de un árbol y esperar que venga el dia con su hermoso sol que deja ver claro y que no es como esta infame noche que nos impide hallar nuestro camino.

BURGER, *durante la noche*.

A los dolores convulsivos de una separacion suceden generalmente un abatimiento moral y una postracion fisica que producen una tristeza profunda, pero que poco á poco se hace menos intolerable.

Al principio algunas lágrimas humedecen todavia por intervalos los ojos que han hinchado y escocido: el pecho que parece destrozado se ensancha para lanzar tal cual suspiro, y se contrae con espasmos frecuentes: en todos los nervios sentimos de vez en cuando fuertes sacudimientos y la pesada frente sucumbe á una especie de letargo. Los pensamientos participan de este extraño bienestar: poco á poco su enérgica desesperacion degenera en melancolia, y si los vaivenes de un carruaje sacuden el cuerpo del que marcha, mientras el ruido de las ruedas ensordece su imaginacion, llega á quedar en un estado que participa á la vez del sueño y de la vigilia; estado en que se sufre, pero en que nos gusta quedar sumergidos, que dá paz y alivio al alma, como los cantos de una madre duermen y consuelan al hijo que tiene en sus brazos y mece sobre sus rodillas.

Tales fueron las sensaciones de Luisa durante la travesia de Leiden á la cabaña de Leyendorp. En tanto que el molinero sentado en la delantera de la carreta silbaba guiando sus dos caballos de labor y los escitaba de vez en cuando con el ruido de su látigo, ella, medio acostada en el fondo de la carreta sobre algunos envoltorios y paja, sentia bullir en su cabeza mil pensamientos tristes y diversos sin que pudiera fijarse en ninguno: su madre que habia perdido para siempre, Pablo separado de ella, su padre entregado á la embriaguez, sus dos hermanitas, los cuidados de la tienda, lo pasado, lo presente, lo futuro, recelos, proyectos y temores, se agitaban, mezclaban y confundian en su imaginacion, fantasmas que á cada momento se desvanecian para aparecer en seguida, siempre extravagantes, gesticulando y zumbando. Agregad á esto que la noche era oscurisima, que la carreta marchaba con celeridad y que algunas veces, muy pocas, la luz de algunas casas, que encontraban en el camino venia á reflejar su pálido resplandor en los ojos deslumbrados de la jóven. Agregad que el frio húmedo de la noche penetraba en sus miembros delicados, y comprendereis la especie de sonambulismo en que se hallaba Luisa, cuando la carreta, despues de muchas horas de travesia, se paró delante de la casa que hemos descrito al principio de esta historia.

—¡Hé! ¡hé! gritó el conductor sorprendido de no ver salir á nadie al ruido de la carreta y al chasquido de su látigo, ¡hé! ¡hé! abridme el porton.

Nadie contestó.

—¡Por San Vaast! parece que están todos dormidos ¡hé! ¡hé!

Nadie contestó.

Descontento y gruñendo bajó de la carreta, y con el mango de su látigo dió tres fuertes golpes en la puerta, separados por un breve intervalo.



Estos tres golpes resonaron con energía.

El eco solo los repitió en medio del profundo silencio que reinaba en todas partes: al cabo de algunos instantes un perro de la vecindad mezcló un aullido lastimero á los nuevos esfuerzos del criado para que le abriesen la puerta.

Luisa temblaba de espanto, y reuniendo al fin todas sus fuerzas, bajó de la carreta y gritó:

—¡Abrid! abrid! soy yo.

Nadie respondió.

—¡Virgen santa! ¿qué significa esto, señorita? dijo el viejo molinero pálido y con voz trémula.

Luisa no tuvo fuerzas para replicarle, y él volvió á llamar. Pero tampoco obtuvo respuesta.

—¡Tengo miedo! dijo haciendo la señal de la cruz.

Entre tanto comenzaron á oírse á lo lejos vagos rumores y la luz de algunas antorchas brillaba en la oscuridad profunda. El ruido y las luces se fueron acercando, y Luisa reconoció á su padre, y á todas las personas de la casa y de la vecindad, que recorrían muy agitados el bosque y los caminos contiguos.

—Alguna gran desgracia ha sucedido, Antonio, corred en nombre del cielo, corred á preguntar al primero que encontréis.

Entre tanto se oía mas distintamente lo que decían.

—¿No habeis descubierto nada?

—¡Nada! Este acontecimiento es espantoso.

—Será preciso renunciar á nuestras investigaciones.

—¡Renunciar! gritaba Mr. Gerretz, á quien esta vez la embriaguez no embotaba la energía, ¡renunciar á buscar á mis hijos perdidos en los bosques!

—¡Perdidos en los bosques! repitió dolorosamente Luisa; perdidos en los bosques ¡oh! yo desfallezco ¡Dios mio! ¡Dios mio, tened compasion de mí!

Armándose despues de serenidad y de un valor sobrenatural preguntó:

—¿Desde cuándo han desaparecido?

—Desde cerca de medio día.

—¿Cómo?

—Salieron para ir á coger retama y bellotas en el monte, prometiendo no alejarse mucho.

—¿Y cuándo se notó su desaparicion?

—Cuando ya era de noche.

—¿Os pusisteis de acuerdo para explorar cada uno una parte diferente del monte?

—No: y he ahí lo que debíamos haber hecho. ¿Cómo no habremos pensado en ello? Marchábamos á la ventura.

—Pues bien, por piedad haced lo que voy á deciros. Sois doce: separaos cada uno á una distancia de doscientos pasos, y entrad en el bosque marchando en linea recta, y dando gritos. Despues de haber gritado os parareis; aplicareis el oido, y al menor ruido, acudid inmediatamente hácia donde lo oigais. Mi padre y yo vamos á entrar en este soto. En marcha, pues, y Dios os bendiga por la ayuda que nos dais.

Reanimados por la energía de Luisa se pusieron todos en camino. Esta cogió la mano de su padre que lloraba, y penetraron en el bosque.

Mas de un hora marcharon sin que el menor ruido llegase á sus oidos, á no ser el murmullo de los árboles agitados por el viento y el crugido de las hojas secas que pisaban.

De repente se detuvo Luisa é hizo una señal de silencio á su padre.

—¡Virgen Santa! un gemido á lo lejos! no es ilusion. Se repite. Por aquí, padre mio, por aquí.

Y los dos echaron á correr por entre las zarzas, sin cuidarse de las ramas que herían sus caras ó desgarraban sus pies. ¡Ay! lo que tomaban por un gemido no era mas que el canto fúnebre de una zumaya que echó á volar, llena de espanto al brillo de la antorcha.

Rendida y sin fuerzas cayó Luisa en el suelo.

Su padre fijó la antorcha entre dos piedras y se sentó al lado de su hija, esforzándose por calentar con sus manos las manos tiesas y azuladas de la pobre niña.

Por esta vez faltábale el valor á la desgraciada, y se dejaba arrastrar por su desesperacion hasta el punto de desear la muerte.

—¡Cuando reflexiono que yo tengo la culpa de todo esto! murmuró Gerretz; ¡sí, mi desidia, y mi funesta costumbre de embriagarme me cuestan la vida de mis dos hijos!

Luisa no respondió.

—Aquí no podemos permanecer, Ven, Luisa.

Ella quiso levantarse; pero le faltaron las fuerzas, y volvió á caer de rodillas.

—Vamos, Luisa, un poco de valor, tú que tienes tanto.

La pobre hizo otro esfuerzo tan infructuoso como el primero.

—No puede dar un paso, dijo Mr. Gerretz, voy á cogerla en mis brazos. Ven, Luisa.

Y al levantarla tropezó con la antorcha que cayó y se apagó.

—Por todos los diablos del infierno, gritó Mr. Gerretz. Se ha apagado y hasta que venga el día estaré perdido con esta niña moribunda. ¡Oh! el cielo castiga con demasiada crueldad y en un solo día los pecados de toda mi vida.

A la mañana siguiente Mr. Gerretz, pálido y sosteniéndose apenas, volvió á su casa, con su hija desmayada en los brazos.

Un vecino suyo acababa de traer á sus dos hijos.

El uno era un cadáver.

No había esperanzas de reanimar al otro, pues apenas daba señales de vida.

## CAPITULO VI.

### SEIS AÑOS DESPUES.

Sentir, sin contarlos, en su orden pacífico, seguir los días á los días, sin hacer mas ruido que el que hace la ligera arena cuya fuga insensible nos marca la hora que pasa....

LAMARTINE.

El otoño, tan melancólico y magestuoso en las orillas del Rhin, con sus tempestades que hacen mejores la llama del hogar y la paz del domicilio, había traído al maestro Van-Zvaanenburg de la quinta donde acababa de pasar el verano.

Pero antes de volver á tomar posesion de su taller, antes de reunir en él todas las mañanas á sus discípulos y antes de poder realizar sobre el lienzo los estudios que habia reunido durante sus largos paseos y en presencia de la naturaleza, preciso le fué esperar cuatro días, porque tres mugeres, tres flamencas, se habian apoderado de la casa y la barrián, frotaban, lavaban, fregaban, enceraban y adornaban de arriba abajo. El agua corría por todos lados; no se podía dar un paso, sin esponerse á ser salpicados, ó á oír estos gritos:

—¡Cuidado, cuidado! vais á manchar mi escalera.

¡Dios mio! mirad las huellas de vuestros pies impresas en el suelo.

Durante estos cuatro días el artista se encontró como una alma en pena que no sabe donde descansar. Pero al fin tuvo término el consumo de arena fina, y volvieron á su lugar las escobas, los estropajos y las rodillas, y el maestro Van-Zvaanenburg recibió esta nueva:



—No os quejeis ya. Podeis quando os parezca tomar posesion del taller.

—¡Diable! ¿creis que se entra asi en un taller sin tener preparada una buena comida?

—Ya se ha pensado en eso; los convidados están reunidos, la mesa puesta, y la cocinera espera vuestras órdenes para servir.

La que de este modo hablaba era nada menos que Luisa Gerretz, que acompañó sus palabras con una sonrisa encantadora, dejando despues precipitadamente al pintor, llamada á la cocina por el chisporroteo de una fritada que se dejaba oír con energía, y temia que el demasiado fuego echase á perder dos admirables truchas del Rhin que estaban en la sarten. Apresurémonos á decir que Luisa llegó á tiempo y que gracias á sus cuidados pudo salvarse uno de los mejores platos de la comida.

Entretanto acabaron de llegar todos los convidados y se sentaron á la mesa.

En ninguna parte se conoce tan bien las alegrías de un festin, su pompa y magnificencia sacrosanta, como en esa vasta porcion de la Bélgica, Países-Bajos y Francia que se designaba con el nombre colectivo de Flandes y que se estiende desde Cambray hasta las orillas del Rhin, porque en Flandes la gastronomia es mas que un arte: es un culto.

Así, pues, el aspecto de la larga mesa dispuesta por orden de Luisa, cubierta de un blanquísimo mantel, rechargada de viandas esquisitas y rodeada de veinte y dos convidados hubiera alegrado la imaginacion mas triste y despertado el apetito al estómago mas perezoso.

Pero debemos decir que en la comida de maese Van-Zvaanenburg nadie estaba triste, ni habian ningun estómago perezoso; la alegría brillaba en todos los semblantes como el apetito en todas las miradas, y cuando el artista colocado á la cabecera de la mesa hizo la señal de la cruz y dijo el *benedicite*, un estrepitoso *amen* fué la contestacion, y los platos, las cucharas, los vasos y las botellas empezaron á circular, á chocar, á llenarse y á desocuparse. Luisa, colocada cerca del dueño de la casa, cuidaba de servir á todos y respondia alegremente á las preguntas que le dirigian; Luisa, cuyas gracias infantiles habian sido reemplazadas por una hermosura mas grave. Mesirvo de la espresion hermosa, aunque á decir verdad, las facciones de Luisa carecian de regularidad y cualquiera sin ser demasiado severo hubiera podido hallar algo grandes las dimensiones de su boca, y algo flacos su cuello y pecho; pero habia tanto encanto en su sonrisa y tanta bondad en su mirada; sus cabellos de un rubio claro se escapaban de una manera tan graciosa de su sombrero flamenco, cayendo por sus dos megillas pálidas, que al verlas venia naturalmente á los labios el epíteto de hermosa. Diez años habian hecho de la niña una muger de veinte y cinco, fuerte y robusta, como las produce en Flandes una vida laboriosa y casta.

Habian llegado al fin de la comida, ó por mejor decir á los postres, pues aunque las viandas sólidas habian dejado el puesto hacia gran rato al jamon salado y al queso mohecido que escitan la sed, los convidados no se encontraban aun dispuestos á dejar tan pronto la mesa. De repente se levantó un joven pálido y cogiendo un vaso que levantó á la altura de su cabeza, exclamó:

—A la salud de maese Van-Zvaanenburg. Todas las voces contestaron con exclamaciones á este brindis.

El pintor se levantó entonces y dijo:

—Hijos míos, os doy gracias; pero hay otra salud por la que conviene brindar antes que por la mia: á la salud del angel que ha venido á traernos el consuelo y la felicidad hace diez años; á la salud de mi hija adoptiva y querida; á la salud de Luisa Gerretz!

—¡A la salud de Luisa Gerretz! repitió el coro.

—¿Quién de nosotros, preguntó Van-Zvaanenburg, desde que ella está aquí no ha recibido consuelos, cuando el pesar se apoderaba de su corazon; tiernos cuidados cuando caia enfermo; buenas palabras, cuando desanimado arrojaba sus pinceles, maldiciendo el arte y maldiciéndose á si mismo? ¡Bendito sea, pues, el día en que habiendo quedado huérfana vino entre nosotros á ser nuestra hermana, y escuchó mi voz que le dijo: Entrad en mi casa, sed la dueña de ella, disponed de todo, mandad, administrad, y aun reprendedme, cuando me olvide de limpiarme los pies al entrar! Desde ese día la economía y el bienestar han entrado en mi pobre casa, donde jamás se las habia visto, y á escepcion de un viage que tiene que hacer todos los años al molino para tomar las cuentas interminables al tahonero que ha quedado de arrendatario, (cosa fastidiosa y de las mas pesadas), jamás he podido hallar el menor motivo por qué regañarla, yo que riño con todo el mundo y siempre.

—¡A la salud de Luisa!

—¡Si, si, á la salud de Luisa!

—Sin contar que muy pronto, añadió el pintor mirando con malicia á un joven, sentado al lado de ella, sin contar que muy pronto.... pero silencio! Luisa me tira de la casaca, y cuando madama *yo ordeno* manda, es menester callar.

Luisa, ruborizada y confusa, pretestó tener que hacer en la cocina y se levantó de la mesa en medio de la risa benévola y cómplice de los convidados.

Entretanto, el joven designado por Van-Zvaanenburg se habia puesto pálido, y la hermana de Luisa, la linda Teresa, que tendria entonces diez y seis años, pudo con gran trabajo contener sus lágrimas, porque maese Van-Zvaanenburg habia hecho alusion al próximo casamiento de su sobrino Saturnino Venderbuck con Luisa Gerretz, y hacia un mes que Teresa y Saturnino se amaban en secreto.

Cuando diez meses antes habia dicho el pintor á Saturnino:

—Sobrino mio, eres un buen muchacho; ¿no es verdad que para ser feliz solo te falta una muger? Saturnino habia contestado alegremente:

—Soy feliz, tio mio; pero no importa, una muger puede hacerme mucho mas feliz.

—Pues bien, quiero darte una, que no te daría si tuviese yo veinte años menos. ¿Adivinas de quien hablo? de Luisa, picarillo.

—¡Pardiez! que habeis tenido una escelente idea, y me admiro de no haber pensado en eso hasta ahora. Mi casamiento será el mejor de Leiden, y mi fábrica de paños, tendrá el comensal mas activo. ¿Y cuándo se hará la boda?

—¿Cuándo? ¿Crees que voy á cederte ahora mismo á la que causa mi alegría y mi felicidad en esta casa? Además ¿no dirian que solo necesitó ese gordo flamenco presentarse á Luisa para que ella le hiciera la reverencia y le respondiera: «Me haceis mucho honor, señor fabricante de paños?» Te casarás dentro de un año, si sabes agradar á Luisa, y ella quiere concederte su mano.

Luisa, del mismo modo que Saturnino, no habia pensado jamás en este casamiento; pero cuando conoció los proyectos de su padre adoptivo, cuando se vió siendo objeto de los cuidados afectuosos del joven flamenco, se dedicó toda á él como al hombre con quien debia unir la Dios para siempre en este mundo y en el otro. Sin cualidades brillantes; pero bueno y sensible, Saturnino pagó con el mas sincero afecto la ternura de Luisa, ternura que cada día tomaba mas carácter y energía, ternura que pronto llegó á ser un amor violento tal como puede solo experimentar el alma pura, y



casta de una joven virgen, cuyo corazon no habia palpitado hasta entonces por ningun hombre.

El casamiento debia verificarse pronto, y Luisa se dejaba arrastrar de los sueños mas dulces de felicidad y de amor, cuando su hermana Teresa volvió de un largo viaje á Bruselas á donde la habia llevado una tia rica y vieja, que prometió, si su sobrina no la abandonaba, legar sus bienes, no á la iglesia, sino á sus herederos legítimos, á los hijos de Santiago Gerretz. Esta tia habia muerto y Teresa despues de haberle cerrado los ojos, dejó á Bruselas para volverse á Leiden al lado de su hermana.

Entonces fué cuando Saturnino vió á Teresa y la amó.

En vano se reconvino á si mismo por su indigna conducta; en vano quiso sofocar la pasion imperiosa que se apoderaba de él. Una noche cogió á Teresa la mano, sin hallar por parte de aquella la menor resistencia. Desde entonces Teresa no se atrevió á fijar los ojos en Saturnino, por que siempre encontraba los ojos de éste fijos en ella; desde entonces fué un suplicio para el pobre joven verse al lado de su prometida Luisa, y oír la hablar de amor, de felicidad y de porvenir. Tanta confianza y alegría le malaba; porque ninguna sospecha agitaba el corazon de Luisa; lejos de eso, felicitábase del afecto que Saturnino mostraba á Teresa, y la cándida doncella se dejaba llevar por sus hermosos sueños, sin temer la funesta desgracia que al despertar la esperaba.

Despues de haber dado Luisa varias vueltas por la cocina sin saber lo que se hacia, y subido á su cuarto, á fin de gozar allí alguna calma, tomó el partido de bajar al jardín y pasearse un poco para dar tiempo á que sus mejillas perdieran los colores del rubor, y á que los convidados olvidaran las palabras imprudentes de mae-se Van-Zvaanenburg. Además, aquel paseo convenia maravillosamente á la disposicion de sus ideas, felices y tristes á un tiempo; porque, segun la espresion del poeta:

La felicidad es cosa grave. (1)

Empezó, pues, á caminar lentamente por entre las largas calles de árboles del jardín, sobre el cual la luna, entonces en su plenitud, derramaba tibios resplandores y mil accidentes fantásticos de luz y de sombra. No se oía ruido alguno, ni aun el quejido del viento, ni aun el ligero murmullo de las hojas amarillas que desprendiéndose á veces de los árboles, se columpiaban en caprichosos giros en el aire y vienen á descansar tristemente en medio de otras hojas caídas.

Despues de pasear algunos momentos se detuvo Luisa delante de una gran encina, cuyo inmenso ramaje le recordaba los árboles que en tiempo de su infancia veia delante de la casa donde habia fallecido su madre. Poco á poco llenaron su corazon dolorosos recuerdos y las últimas palabras de aquella madre espirante, vinieron, por decirlo así, á resonar en sus oídos. Despues le pareció que la santa muger fijaba en su hija aquella mirada triste y satisfecha que la habia dirigido cuando por primera vez se constituyó Luisa en madre tierna de sus hermanitas; parecióle tambien que aquella mirada iba á exigirle otro sacrificio en favor de los huérfanos que habia confiado á su ternura.

Un cruel presentimiento oprimió el corazon de la joven flamenca; hubiérase dicho que una mano desapiadada la despojaba de toda su felicidad y de todo su porvenir, y la pobre doncella tuvo miedo.

Retiróse precipitadamente del jardín y al atravesar un largo corredor oscuro, oyó cierto rumor como de

personas que hablaban con misteriosa reserva. Paróse á escuchar. Eran Saturnino y Teresa.

—Haré mi deber, decia Saturnino, pero sé que me costará la vida. Adios, Teresa, adios.

Teresa, lloraba

## CAPITULO VII.

LUISA.

Tomad y comed, por que este es mi cuerpo, y esta mi sangre.

EVANGELIO SEGUN SAN LUCAS.

Dos escuelas dividian entonces el arte de la pintura, como casi siempre la han dividido: la idealidad y la realidad.

Los sectarios de la primera no querian mas que las formas puras y escogidas entre las mas perfectas escepciones; los otros reproducian los objetos tales como los veian: con franqueza, sin lisonja.

A esta última escuela pertenecía el maestro Van-Zvaanenburg; escuela de la naturaleza, verdadera, sencilla, no escogida; la naturaleza tal como conviene á las almas tristes y desencantadas; la naturaleza sublime de realidad y sin los reflejos de una imaginacion risueña y celestial; y de este modo apareció la tierra á nuestros primeros padres cuando la ciencia del bien y del mal les abrió los ojos. La poesia de Van-Zvaanenburg no consistia en las formas elegantes y escogidas, como un cielo resplandeciente de claridad y árboles en los que sobre cada una de sus hojas se reflejan magníficamente los rayos de oro de la luz. No, á su corazon lacerado solo convenia copiar el interior sombrío y triste de una taberna; bebedores que olvidaban la vida en medio de los placeres estúpidos de la embriaguez, ó bien el suelo plomizo de Flandes; su lluvia fria, sus caminos cenagosos; y en medio de todo esto, algun pobre que tiritaba y camina con dificultad.

—Trabaja, decia á Pablo Rembrandt, que segun el uso de los pintores de aquella época habia cambiado de nombre, trabaja tú que tienes fe en el arte y en el porvenir. Trabaja, repelia cuando desanimado él mismo, abandonaba su caballete y arrojaba sus pinceles, abrumado bajo el peso de su impotencia en espresar lo que abrasaba su imaginacion y devoraba su alma. Trabaja, Pablo, porque en ti descansan ahora mi genio y mi gloria. Yo no veo mas que por ti y para ti; me consolaré de mi oscuridad si te haces célebre: tú serás mi obra.

Y Pablo, silencioso, retirado á uno de los rincones mas solitarios y oscuros del taller, sin responder á su maestro, sin dirigir una palabra á sus camaradas ni á sus cuadros, se entregaba con frenética pasion á los trabajos de su arte. Al lado siempre del misántropo Santiago, se habia imbuido poco á poco y de una manera indeleble, en las ideas amargas de su padre adoptivo, y como aquella tristeza profunda y aquel desprecio de los hombres se habian aumentado de repente y de una manera mucho mas sensible, corrían en el taller sobre este particular mil cuentos entre todos aquellos jóvenes, ofendidos con la reserva altiva y casi rencorosa de su condiscipulo. La version mas verosímil y general, era que su amor despreciado inspiraba á Rembrandt aquel desden con que miraba á su prógimo. Sea de esto lo que quiera, todos se atenian á conjeturas, y conjeturas muy inciertas.

El mal que devoraba á Rembrandt era la necesidad de la gloria; mal que roba los colores al rostro, y que consume lentamente cuando no mata de un golpe.

Pesábale su oscuridad; semejante á un mudo que se

(1) Victor Hugo.



desespera por no poder espresar las ideas que bullen en su cabeza, montaba en cólera por no estar bastante iniciado en el arte, para que este reprodujera fielmente su génio. Cuando acababa un cuadro, lo llevaba á su maestro, quien despues de mirarlo atentamente, decia á Pablo:

—Niño, todavía estás muy tierno.

Y se alejaba sin decir una palabra mas.

Pablo Rembrandt se sublevaba contra el juicio de su maestro; acusábale de falta de gusto y aun algunas veces proferia la palabra *envidia*; abandonaba el taller, pasaba ocho dias sin ver á su maestro y emprendia alguna vagabunda excursion, y cuando menos se pensaba se le vclvia á ver en su taller con la paleta en la mano y un nuevo lienzo en el caballete.

Tres dias antes de la comida, cuya descripcion ocupa parte del capitulo precedente, Pablo Rembrandt, habia concluido un cuadro, durante una excursion hecha al campo. Segun acostumbraba, vino á enseñárselo á su maestro: era la vista interior de la casa natal de Rembrandt, con su viejo y sombrío patio y su gran puerta de bóveda oscura, y todo ello con los grandes efectos de sombras que Rembrandt solo parece haber comprendido, porque fué el primero en emplearlos, y despues nadie ha sabido reproducirlos.

Esta vez se animaron los ojos de Van-Zvaanenburg, su mano tembló de alegría, y se sintió tan conmovido, que le fué preciso dejar el cuadro sobre la mesa y enjugarse los ojos, porque su vista se habia oscurecido con las lágrimas que le arrancaba la alegría.

Pasada su primera emocion, volvió á coger el cuadro y lo examinó con suma proligidad y en el mayor silencio.

Pablo le contemplaba absorto, con la boca abierta, y palpitando su corazon á impulsos de una alegría indecible.

Santiago Van-Zvaanenburg colocó suavemente el cuadro en un caballete, y descubriendo su cabeza calva y venerable, se inclinó con respeto delante de Pablo, y dijo:

—Maestro, ya no soy yo quien debe mandar aqui sino vos.

Sorprendidos y afectados los discipulos con aquella escena tan interesante y solemne, se agruparon al redor del cuadro de Rembrandt, y le felicitaron con tal alegría y entusiasmo, que habrian conmovido á otro

cualquiera; pero él, sin responderles y aun sin darles las gracias, triste y sombrío como siempre, se retiró y corrió á ocultar en algun lugar solitario sus profundas emociones, su triunfo, y aun podría decir su melancólica desesperacion.

—Me ha comprendido, decia para si; pero los demás ¿sabrán comprenderme como el viejo? ¿Recibiré en cambio de mi génio, gloria, honores y riquezas? ¡Oh! cuanto se hace esperar ese momento, y como abrasa mi alma esta tardanza.

Entre tanto, maese Van-Zvaanenburg, despues de haber despedido á todos sus discipulos, mandó llamar á Luisa que á la sazón se hallaba muy ocupada en asar un ganso que debia ser al siguiente dia el mejor plato de su banquete. Ceñida del indispensable mandil de lienzo, blanco como la nieve, entró Luisa en el taller y preguntó á Van-Zvaanenburg para que la llamaba. Este la cogió de la mano y la llevó delante del cuadro.

Al ver tan fielmente reproducida en el lienzo su casa natal, no pudo menos de conmovirse en gran manera, y como por otra parte estaba ya iniciada en la manera de juzgar y apreciar el mérito de las obras de la pintura, gracias á las perpétuas disputas y conversaciones que oia diariamente, manifestó á fuer de inteligente, la admiracion que obra tan perfecta le causaba.

—Mi digno amigo, añadió Luisa inclinándose sobre los brazos de Van-Zvaanenburg, esta vez no direis que la jaula sujeta las alas del águila, puesto que ha remontado su vuelo á bastante altura; este cuadro deja muy atras cuanto habeis hecho hasta ahora.

Santiago la miró tristemente, y dijo suspirando:

—Este cuadro no es mio, Luisa, sino de vuestro hermano.

Lágrimas de alegría llenaron entonces los ojos de la jóven y corrieron abundantemente por sus mejillas. Despues juntó las manos, se puso á orar, y dió gracias á Dios con una efusion de corazon que no pudo menos de enternecer el casi ya insensible del pintor.

—Yo envidioso de mi hijo, de mi discípulo! dijo para si, ¡oh! huya lejos de mí tan maldito pensamiento.

Y poniéndose la capa, mandó á su criado que cojiere el cuadro de Pablo, y salió inmediatamente sin comunicar sus designios á nadie, ni aun á Luisa, que buscaba á su hermano por todas partes para darle un abrazo.

ENRIQUE BERTHOUD.

(La conclusion en el número inmediato.)

## ANÉCDOTAS MORALES.

QUENTIN METZIS

O LA ESTAMPA MILAGROSA.

Habia en Amberes en 1470, un herrador de fama que hacia trabajar á un gran número de obreros infatigables y laboriosos, y todos los dias sonaba la fragua su ruido cadencioso, y alumbraba con su rojiza luz á los individuos que el obrador contenia. Entre aquellos obreros encontraba uno que no parecia haber nacido para rudos trabajos, y cuyas débiles manos no eran ciertamente adecuadas para sostener un martillo. Era de un natural distinto de los otros; un ejemplo de

fuerza de voluntad, pero débil y delicado en lo físico; este jóven se llamaba Quentin Metzis, no contaba mas que con su fuerza moral, para el sosten de la física, y aun que ejerciendo este oficio, conoció que era mas á propósito para otra profesion artistica; habia en él tal sentimiento de paciencia, que se resignó; y tal fuerza de emulacion, que hasta en su mismo oficio no queria que ninguno le sobrepujara. De suerte que era el mejor oficial que tenia el herrador, y como añadia á su habilidad la dulzura de su carácter, el maestro le queria mucho. Con efecto, Quentin Metzis, poseido de aquella revelacion interna, comprendiendo que podia hacer otra cosa mas bien que trabajar sobre el yunque ó herrar caballos; no seguia las costumbres de sus compañeros de fragua, no porque las despreciase, sino porque le era incómodo; y por eso cuando remataba





su tarea, le gustaba mas entregarse á sus pensamientos que ir á beber con ellos á la taberna.

—¿Qué tiene ese chico? preguntó uno de los obreros á su camarada cuando se alejó nuestro jóven.

—Está enamorado, respondió el otro.

—¿Y eso que importa? Eso no quita que se venga á beber con nosotros; al contrario...

—Sí; pero está triste y el pesar le impide que beba con nosotros.

—¿Vaya una mania! Pues yo también estoy enamorado y por eso no dejo de estar alegre.

—Sí, pero tú no estás enamorado de una jóven muy rica y muy bella, que es precisamente lo que le sucede al pobre Quentin, que está loco por la hija de un hombre que no quiere darla mas que á un pintor; y como no se hacen cuadros con el yunque y el martillo, resulta de ello, que el pobre chico está triste, y que al menos que el padre no cambie un día de parecer, lo que no es muy probable, Quentin acaso pierda la vida no pudiendo casarse con ella.

Y se pusieron á beber sin ocuparse mas de la tristeza de su compañero de trabajo.

En cuanto á Metzis, como ya lo hemos dicho, se habia separado de sus camaradas, dejándolos en la taberna, y con la cabeza baja y sin mirar á ninguna parte, proseguia su camino, bien conocido, á donde le guiaba su corazón, ya que no los ojos. Despues se detuvo de repente delante de una puerta que no tenia el derecho de abrir; se ocultó en un sitio oscuro, y con los ojos fijos en uno de los balcones de la casa, esperó lo que todas las noches esperaba, y lo que le daba fuerzas para el trabajo del siguiente día.

Cuando vió que este balcon se abrió y que una seña correspondió á su mirada como una vision celeste, cuando despues de esta sola felicidad tan esperada se cerró el balcon, Metzis volvió á emprender su camino un poco menos abatido que cuando venia, y diciendo en silencio lo que todas las noches decia: «¡Me ama!» y era preciso que con solas estas dos palabras edificase todo un porvenir. Sin embargo, de vez en cuando sentia en su pecho la esperanza; pero cuando salia de alguna iglesia donde habia rogado á Dios, y miraba las obras maestras de la época, y meditaba que le era preciso hacer otro tanto para el logro de sus deseos, se desvanecía toda su esperanza y decia esta palabra: «¡imposible!»

Entró, pues, en su casa como todas las noches, despues de aquella corta felicidad, y encontró á la otra mitad de su alma, á su madre, y la abrazó diciendo:

—Buenas noches, madre mia.

—¿Cómo te encuentras, Metzis?

—Bien, madre mia; muchas gracias.

La abrazó segunda vez, sin ver las dos lágrimas que caian de los ojos de la anciana, y entró en su aposento.

Aquí vinieron las horas de insomnio y de fiebre, donde el obrero pensaba en el artista, donde el humilde herrador pensaba en la gloria, donde el pobre amante pensaba en el amor; horas que le robaban la mitad de su noche para dejarle luego mas triste que nunca.

Hay dolores del alma que se pueden reprimir lo bastante para que no los comprendan los extraños, pero que el amor de una madre los conoce al instante. Por eso, todas las mañanas, á la hora en que Metzis se iba al obrador, su madre, advertia en el amarillento semblante de su hijo, sus horas de insomnio; esta pobre muger aunque nada le habian revelado, comprendió que su amor no era suficiente para hacer vivir á su hijo, y sin determinarse á preguntarle esperaba que partiese para llorar á sus anchas.

No obstante, una mañana se encontraba de tal manera abatido, y era tan estremada la palidez de su rostro, que su madre no quiso dejarle salir, mas que de noche, á la hora en que debia dirigirse hacia aquella

calle donde estaba toda su felicidad; pero su debilidad era tan grande, que no pudo salir de la cama.

Al fin la desesperacion y el desaliento fueron mas fuertes que aquella voluntad que oponia, y á las noches de un corto sueño sucedieron los insomnios enteros; tenia una de aquellas enfermedades á las que se han dado diferentes nombres, pero que son siempre las mismas, que palidecen el semblante, que abaten la mirada y que roen el corazón.

En estos momentos, cuando desaparece una parte de nuestra dicha recurrimos á aquella que Dios nos deja; Quentin Metzis, no pudiendo ya ir de noche á agotar su esperanza con la vista de su amada, se entregó enteramente al amor de su madre.

Le contó todo; y la pobre muger que no podia ofrecer otra cosa que su vida en cambio de la de su hijo, comprendió al instante, que á menos que Dios no hiciese un milagro, este hijo iba á morir.

Uno de sus compañeros de obrador que venia á verle muy amenudo, llegó un día á su casa en el momento en que pasaba la procesion instituida para los enfermos. Tenia en sus manos una de aquellas estampas grabadas en madera que la hermandad distribuia.

—¿Cómo te encuentras, Metzis? le dijo al entrar su camarada.

—Siempre lo mismo, amigo mio.

—Aquí te traigo una estampa de la hermandad.

—¿Para qué? dijo el enfermo.

—Para curarte. La procesion se ha verificado, y han repartido de estas estampas, y como yo sé las curas maravillosas que ellas hacen, te traigo una.

—Pero hay enfermedades que no curarian esas estampas, y yo tengo ahora una de esas enfermedades.

—¿Por qué te desanimas? Este desaliento te perjudica mucho; distraete y sanaras; aun cuando esta estampa no sirva mas que para distraerte, ya hemos conseguido alguna cosa. Tómala, y entretente en dibujar una virgen como esta; así pasarás el tiempo, que no deja de ser una gran cosa para los que estan enfermos.

Y el herrador salió, despues de haber apretado la mano á su amigo y de haberle dejado sobre la cama la estampa milagrosa.

Cuando Metzis estuvo solo, tornó á caer en su anterior abatimiento, sin recordar las palabras de su amigo. Su madre estaba á su lado como el angel de la guarda, siempre rogando por él; observó que comenzaba á dormirse, y como el sueño era una cosa rara para su hijo, se ausentó del cuarto.

Cuando Metzis despertó, encontró la estampa donde el herrador la habia dejado, y la tomó maquinalmente primero, diciendo: «¡Esto no es lo que puede salvarme!» Y la miraba con indiferencia, pero hasta cierto punto con reflexion. Sin duda le rezó interiormente; sin duda le habló de aquella cuyo amor le hubiera salvado la vida, cuya pérdida le iba á causar la muerte. Pero cualquiera que hubiese sido la plegaria de Metzis, mirando esta estampa se inundaron sus ojos de lágrimas, y al través de estas lágrimas le pareció ver que aquel rostro encantador le sonreia y que le decia esta palabra: «Espera.» ¡Cuánto se escucha y cuánto nos disponemos á esperar cuando sufrimos! En fin, cesó su llanto, miró con mas atencion la piadosa estampa, y se sentó en la cama sin dejar de mirarla: se levantó, se dirigió hacia la mesa, se sentó y se puso á copiar la imagen de Nuestra Señora cuya cara le sonreia. Mas bien parecia un hombre dormido obedeciendo un poder magnético, que un hombre despierto siguiendo su voluntad; tal era la fijeza de sus ojos, tal la debilidad de su respiracion. Sin embargo, en algunos momentos se sonreia, porque la copia empezaba á tomar forma y á participar de los mismos sentimientos y espresion del original; la Virgen comenzaba á animarle; la cura mara-



villosa vaticinada por el herrador, se verificaba; en fin, Metzis, entreveía el objeto que tanto deseaba y que solo había soñado. Al cabo de media hora, se deluvo sudando como un hombre que despierta después de una pesadilla; miró.

La semejanza era perfecta, y estuvo á punto de volverse loco.

La anciana, inclinada detrás de su hijo había seguido todas sus angustias, comprendido sus sueños, y no hay duda que todo el tiempo que estuvo su hijo trabajando rogó al cielo por su salvación. Lo cierto es que cuando Metzis se levantó, se encontró cara á cara con su madre, que ambos lloraban de alegría, y como el corazón de un hijo y el de una madre se comprenden sin el socorro de la boca, y por la voz secreta del alma, se echaron en los brazos el uno del otro.

En este momento, el visitador de la vispera entró; Metzis se dirigió á él y le abrazó de manera que parecía ahogarle.

—¡Me has salvado la vida!

—¿Cómo?

—Con tu estampa, dijo Metzis disponiéndose á salir.

—Lo sé; ¿vuelves al obrador?

—Ya no soy mas herrador.

—¿Pues cómo? ¿Qué intentas hacer entonces?

—Voy á ser pintor.

—¿Tú, pintor?

—Yo.

—La enfermedad ha cambiado: tú estás loco... loco; su hijo de vd., prosiguió dirigiéndose á la madre, está loco.

Y Metzis partió.

—Dios es grande y bueno, dijo la anciana, y tendrá compasión de él.

—Lo veremos; voy á esperarle, dijo el herrador.

Y se sentó en la misma mesa donde Metzis acababa de trabajar; entonces vió el original y la copia y quedó estupefacto. El milagro estaba evidentemente palpable; esperaba con impaciencia el regreso de su amigo, no comprendiendo su brusca partida, y deseoso de saber la causa y las consecuencias.

Media hora después, llegó Metzis.

—¿De dónde vienes? le preguntó el herrador.

—De ver á mi suegro.

—¿Estás casado?

—No; pero lo estaré muy pronto.

El herrador volvió á alimentar la primera idea de que su amigo estaba loco. Sin embargo, quiso tener la convicción de ello antes de irse y le preguntó que con quien iba á casarse.

—Con una muger joven y rica, que solo un pintor puede casarse con ella y yo acabo de presentarme....

—Pero antes que tú te halles en disposición de poder pintar un cuadro pasará mucho tiempo.

—Ella esperará.

—¿Cómo te has gobernado?...

—He ido á casa de su padre; le he pedido la mano de su hija, que me ha negado.

—Es muy natural.

—Me dijo que la tenía prometida á un pintor, y que si la daba á otro, era preciso que tuviese mas talento que aquel. Me preguntó qué era lo que yo había hecho hasta ahora, y le respondí que martillar herraduras, y se puso á dar risotadas.

—¿Y entonces?

—Entonces yo le he dicho una cosa muy sencilla: «Esperadme seis meses, y si en este intervalo no os presento un cuadro mejor que el de mi rival, le dareis vuestra hija.» Continué riéndose; pero ha aceptado mi proposición, y yo voy á trabajar.

—Tienes razón; á trabajar.

—Y ahora te doy las gracias, pues á ti debo todo esto.... Dentro de seis meses la boda.

Y los dos amigos se separaron, el uno para ir á anunciar la nueva al obrador, y el otro para dar principio á su importante tarea.

Aquí comenzó una lucha obstinada del artista contra el artesano, lucha que trajo consigo el desaliento á medida que se aumentaba. Muchas veces, el pobre aprendiz de pintor debió caer fatigoso y desesperado viendo lo poco que había hecho y lo que le quedaba que hacer. Ciertamente; Metzis no se había equivocado respecto á la milagrosa revelación de la estampa; pero era preciso todavía pasar, para llegar á su objeto, por los estudios y los trabajos necesarios, y sino hubiese sustentado aquel pensamiento eterno del amor, que no podía realizar mas que por medio de la gloria, hubiese abandonado su proyecto como imposible. El tiempo trascurría, sin embargo, y Metzis había desaparecido en el cumplimiento de su obra, reapareciendo de vez en cuando para volver á tomar aliento, y sumergiéndose de nuevo en su sueño de gloria. En fin reapareció enteramente, pálido por su victoria, como otro lo hubiera estado por su derrota, pero con la mirada orgullosa, pero sin manifestarse altivo.

A los seis meses se había verificado el milagro; la Virgen había sostenido su palabra, y llamó con violencia en la puerta que tantas veces había mirado sin esperanza:

—¡Ah! ¿sois vos, Metzis? le dijo su futuro suegro al verle entrar: los seis meses han pasado, y venis tal vez á declararos vencido,

—No, señor, le respondió el artista; tengo todavía quince días en mi favor; pero con vuestro permiso me anticiparé.

—Al menos, no hay fatuidad, respondió el padre.

—No; pero hay deseo muy natural de recibir el premio de la apuesta, pues que habeis perdido.

—¿Yo he perdido?

—Sí, señor: si quereis acompañarme, me dareis vuestro dictamen sobre cierto cuadro que cuento ofrecer á la iglesia donde me case.

Los dos salieron.

Ocho días después, Quentin Metzis se estaba casando con grande admiración de los herradores de Amberes delante del cuadro que representa en el fondo la inhumación de Cristo; á la derecha, la cabeza de San Juan Bautista servida en la mesa de Herodes, y á la izquierda San Juan en el martirio. Es uno de los cuadros que se hallan entrando en la capilla Sixtina de la iglesia de Nuestra Señora de Amberes, y uno de los mejores de Metzis.

Como puede suponerse, la originalidad de su casamiento, su primera profesión, y su talento indisputable, grangearon á Metzis una grande reputación. Los ingleses aprecian mucho sus pinturas.

He aquí el resumen de la vida de Metzis en este verso latino escrito sobre su tumba.

*Connubialis amor de Mulcibre fecit Apellem*

Quentin Metzis murió en 1529, en Amberes, á la edad de 79 años. Fué primeramente enterrado en la iglesia *des Chartreux* de Kie; luego trasladado al pie de la torre de la catedral, donde aun permanece su tumba con este epitafio.

QUINTINO METZIS

INCOMPARABILIS ARTIS PICTORIE ADMIRATRIX  
GRATAQUE POSTERITAS, ANNO POST OBITUM SECULARE  
CIC. 13. C. XXIX.  
POSUIT.

A. DUMAS.



## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### UN AÑO EN MADRID.



#### JUNIO.

Aun sigue la tierra ofreciendo al sol las primicias de sus entrañas, y cada día nacen nuevas flores buscando altivos los rayos del autor de los colores con que matizan el campo. Mécenase orgullosas en los brazos del ambiente, y arrojan las galas de su juventud, apenas sienten los primeros destellos de la maternidad. El mismo destino aguarda al tierno capullo que ansía romper el dulce cautiverio de su cáliz, y esa veleidad constante de la vegetación, es el holocausto que ofrece la tierra á la luz que fecundó sus entrañas.

La rosa, que se arma de espinas para defender una existencia de breves horas; la enredadera que se ampara del olmo, para elevar al cielo sus fugaces adornos, y el lirio que oculta sus magestuosos pendones en el rincón de un valle, todo nace y muere de sol á sol, reproduciendo diariamente el mismo panorama.

El hombre tiende su vista sobre la alfombra que le brinda el campo, y como no alcanza á comprender la armonía de esa naturaleza salvaje, cambia el bello desorden de la campiña, por el monótono aspecto del jardín. Las plantas que nacieron al aire libre en las márgenes del caudaloso río, viven cautivas y enfermas entre cuatro paredes, sin atreverse á estender sus brazos, mas allá de lo que permite la incansable segur del jardinero. Los árboles no pueden elevar sus ramas al cielo, ni tenderlas sobre la tierra, sin el permiso del cabo de vara, que los obliga á vivir en ridículas hileras guardando distancia de filas y recibiendo diariamente un mezquino rancho de agua, que lejos de producir nueva savia, apenas basta para conservar la primitiva. El polvo calizo que arremolina el viento, envenena la atmósfera, y las flores sienten cerrarse sus poros, muriendo marchitas en las primeras auras de su vida. Desaparecen los bellos contrastes de la naturaleza, y divididas las plantas en familias botánicas, no puede la azucena lucir su blancura entre el carmin de la rosa, ni rivaliza el cárdeno lirio, con los morados plumeros de la lila.

La vegetación de los jardines es una asamblea nacional sin apostasias, donde los diputados, con arreglo á sus colores, ocupan la derecha, la izquierda ó el centro. Una monotonía fatigosa cansa la vista, y clasificada la naturaleza con tan ridículo sistema desaparece la desordenada hermosura de la creación. Hay en esas cárceles calabozos de diferentes especies, y multitud de plantas que viven presas en un vaso de tierra que no las permite tender sus raíces, son encerradas por ende en una estufa, por pretexto de librarlas del aire que fecundó sus semillas. El jardinero se afana por avivar la temperatura de sus invernáculos para anticipar la estación de las flores, y en vano pide ahora á las rosas de sus jardines la fragante esencia de las que crecen libres en los desiertos de la Arabia.

Los balcones de Madrid son otras tantas prisiones, donde entre hierros asoman sus pintadas crestas las

plantas del mes de junio; y sobre esos troncos de flores, brillan los negros ojos de nuestras hermosas, esquivando los rayos del sol á través de las persianas.

Libre del huracán que azotaba sus cristales, y evaporada la humedad que recogió en los meses anteriores, el balcón vuelve á entrar en el pleno ejercicio de sus funciones parlamentarias, sirviendo de tribuna ídem á los amantes. Es el observatorio de la curiosa inquilina del piso cuarto, el tocador del huésped que vive en el tercero, la antesala matrimonial de la soltera que ocupa el segundo, y el nido donde se arrullan los recién casados del piso principal.

La casa que hay enfrente de la mía es una casa como otra cualquiera, pero la joven que vive en el piso segundo, no es una vecina como cualquiera otra, y por eso quiero que la conozcan mis lectores. Para ella no hay verano ni invierno en tratándose de estar al balcón, y ni deja de asomarse cuando llueve ni los frios la obligan á retirarse. Vive en el balcón como pudiera hacerlo en cualquier otra pieza de la casa; y esto lo hace, según ella dice, porque las personas como las plantas, necesitan esponerse á la acción de los elementos atmosféricos. Pocas personas en la vecindad han puesto en práctica la higiene de la joven soltera, y su tertulia ha sido muy reducida en la estación del invierno. Todos se contentaban con saludarla detrás de los cristales, y hasta los últimos días del mes de mayo, ningún vecino ha restablecido sus negociaciones diplomáticas con el barómetro perpétuo de la calle de V.... Yo que soy el mejor situado para parlamentar con esa señorita he sido el último en abrir el balcón para saludarla, no porque yo sea el menos galante de la vecindad, sino porque soy el mas perezoso del barrio. Pero ahora que la estación convida á respirar el ambiente de la atmósfera en las primeras horas de la mañana, tenemos largas sesiones matutinas mi vecina y yo.

—Sea enhorabuena, me dijo al verme asomar por primera vez, desde los últimos días de octubre.

—La recibo con mucho gusto, la repliqué, porque para mí es una satisfacción el saludar á vd.

—No muy grande, cuando ha pasado vd. siete meses sin asomarse á darme los buenos días. Se contentaba vd. con hacerme telégrafos detrás de las vidrieras.

—Verdad es, pero...

—Tenía vd. frío, interrumpió mi vecina riéndose de mi poca galantería; pues algunos hubiesen querido vivir en ese cuarto para estar siempre al balcón.

—Lo creo muy bien, y si yo fuese de esos predilectos, quizás habría hecho lo mismo.

—Quizás no, replicó mi vecina, devolviéndome risueña mi poco galante condicional.

—¿Y cómo va de amores? la pregunté mirando alternativamente á dos jóvenes á quienes tenía guardando los dos extremos de la calle. Con el auxilio de las persianas, me parece que el corazón puede tener conversaciones de izquierda y derecha, sin que se aperciban los sitiadores.

—Tiene vd. razón, pero aunque se marchasen los dos á un tiempo, no perdería nada.

—Pues el oficialito, es acreedor á que vd. le quiera por lo bien que ha sostenido el sitio este invierno.



Cuando salga á campaña, no le han de causar novedad las aguas ni los hielos.

—En ese punto no ha hecho nada de mas, porque el mismo frio hacia para estar en la esquina que para asomarse al balcon, y el que quiere *oscar* á una señorita...

—¡Osear! exclamé asombrado.

—Hacer el oso, replicó mi vecina, riéndose de que me asustara su tecnología amorosa. ¿No ha hecho vd. el oso á ninguna muger?

—Creo que no.... y me sorprende mucho esa pregunta.

—¿De veras?... ¿pues qué, no se ha enamorado vd. nunca?

—Eso sí, pero hacer el oso jamás.

Mi graciosa vecina se reía de ver la obstinacion con que yo me defendía de una cosa, que segun ella me dijo despues, he estado haciendo mucho tiempo sin saberlo. Me probó con razones muy claras, que todos los enamorados hacen el oso en la sociedad hasta el momento de ir á la Vicaria, en cuya época hacen otra cosa, que ella no me dijo, pero que me dió á entender con bastante claridad. Hizo algunas señas por la persiana de la izquierda, al galan que la *osaba* por aquel flanco, y contestó por la derecha á las señas del telégrafo militar, que ocupaba la otra esquina de la calle. Dirigiame mientras tanto algunas miradas, y despues de haber dado pasto por algunos minutos á las almas de aquellos desventurados amantes, volvió á dirigirme la palabra, diciendome, que habia estado de monos una semana entera con el oficial, porque yendo de guardia á la cárcel de Villa, no habia pasado por alli con su tropa. Los monos me asustaron no menos que el oso, y pedi esplicaciones á mi vecina para saberme gobernar en este mundo, donde hay tantos ojos negros, que le obligan á uno á hacer el oso, y á estar de mono.

—¿O vd. se burla, dijo la niña, ó no sé yo dónde ha vivido hasta ahora, para asombrarse de unas cosas tan claras como esas! ¿Quién pregunta lo que es estar de monos dos amantes?

—Yo, la repliqué.

—Pues no lo comprendo, porque todo el mundo sabe que cuando dos novios están reñidos, se dice que estan de monos.

—¡Ah! ya! con que es eso!... Pues haga vd. cuenta que yo estoy siempre de mono.

—Será vd. muy exigente, porque de otro modo es imposible.

—No lo crea vd. yo no exijo nada, pero si vd. supiera lo que á mi me exigen las mugeres de quienes me enamoro!

—¿Qué?

—Que abandone el campo.

—¡Sí!... ¿Qué lastima!... Pues yo dejo que me quieran todos, y es preciso que me hagan una gran falta para ponerme de monos.

—Como la que hizo el oficialito, no pasando por esta calle con su guardia!... repuse yo riendo.

—Si señor; replicó mi vecina. Esa falta me puso en ridiculo con una de mis amigas, que estaba conmigo al balcon esperando que pasara la tropa.... Luego se reía de mi por el chasco.... ¡Oh! si hemos hecho las paces, es porque mañana le toca formar en la carrera frente á la casa de esa amiga, que me ha convidado á ver la procesion; pero luego voy á tronar con él.

La palabrita tronar, me pareció que debía encerrarse en la jaula de los osos y los monos; pero no quise interpelar por ella á mi vecina, porque el recuerdo que me habia hecho de la festividad del *Corpus-Christi*, me llamaba á escribir el artículo del mes de junio, que queria salir á borbotones desde los negros abismos de mi tintero. Saludé á mi vecina, y sin su permiso ni el de mis lectores, me puse á copiar parte de la conversa-

cion que con ella habia tenido, decidido á dar la razon al que dijera, que lo que va escrito hasta aqui tiene poco que ver con el mes de junio. En cambio de eso, lo que falta por escribir es todo fruta del tiempo, y ya me tienen vds. con la pluma al brazo á la sombra de ese lienzo azul y blanco que entolda las calles por donde ha de pasar mañana la procesion del *Corpus*.

A pesar de que los dias se conocen por las visperas, y de que como dice la copla,

Tres jueves hay en el año,  
que relumbran mas que el sol,  
Jueves Santo, *Corpus-Christi*  
y el dia de la Ascension,

nada anuncia en las calles la solemnidad del dia siguiente. Nos vemos por lo tanto obligados á esperar la alborada del jueves para seguir este artículo. Pero en el interin y para que no se diga que estamos ociosos, bueno será darnos un paseo por los talleres de sastres y modistas, midiendo por sus labores, la próxima festividad. Empresa árdua es hoy que en cada casa hay un taller, y apenas se encuentra un apellido libre de la palabra sastre, pero ya lo hemos dicho, y faltar á nuestra palabra seria empezar á ser sastres antes de tiempo.

Dos meses han estado mano sobre mano, los *confeccionadores de ropa*, como dice el *Diario de Avisos*, sin que nadie se acordara de que la ropa de abrigo no sirve para el verano. A nadie le ha ocurrido medirse el cuerpo, para encargar levitas, hasta que los calores han hecho insoportables los gabanes, y ahora todos quieren ser preferidos en sus encargos. Lo menos que exige cada parroquiano es un pantalon blanco, un chaleco de piqué, color de caña, y un frac negro, prendas que necesita para el dia del *Corpus*. El maestro no niega á nadie el derecho de esperar la ropa ese dia, y como le es imposible dar gusto á todos, halla el medio de no contentar á ninguno, haciendo un chaleco al que le dijo que lo que mas falta le hacia era el frac, y un pantalon al que le aseguró que no tenia chaleco útil para ese dia. Sin embargo, no hay ilusion mas duradera que la del parroquiano que espera la ropa de casa del sastre. La vispera le aseguran que no le hará falta á su hora; pasa la hora, manda un recado y le dicen que la estan planchando; vuelve á enviar otro apremio, y le preguntan sino ha encontrado en el camino al oficial que llevaba la ropa. Pásase no ya la hora sino el dia de la entrega y otro y otro, y es tal la persuasiva del sastre que aun cree el parroquiano que le cumplirán la palabra el dia anterior; tal es la fe con que aguarda las prendas.

Las modistas hacen lo mismo que los sastres, aunque procuran cumplir mejor, temiendo el capricho de sus parroquianas; pero no les falta nunca un pretexto para las ocasiones, y si el vestido lleva adornos, se dice que no han llegado aun de Paris *los mas caros*. Lujos de precio que siempre halla acogida en las señoras, sobre todo desde que es costumbre que los maridos paguen las cuentas de la modista.

Pero amanece por fin el dia del *Corpus*, y empieza el paseo de la gente madrugadora á las seis de la mañana. En esta concurrencia es inútil buscar á las damas aristocráticas, ni á sus caballeros sirvientes. Las unas y los otros, han convenido desde el dia anterior en asistir á la procesion cuando se haya concluido, para aprovechar la sombra del toldo, paseando á las tres de la tarde por la calle de Carretas. Las casacas tradicionales, las basquiñas numismáticas y los sombreros arqueológicos, faltan tambien á esas horas de la mañana, y la fiesta no empieza hasta las nueve. A esa hora se puede convidar á cualquier extranjero á que vea uno de los cuadros mejor conservados de nuestras antiguas



costumbres. El único quizás que no ha perdido nada en la restauración.

Atajadas las calles que desembocan en las de la carrera, con rancios tapices mitológicos, y engalanados los balcones de las casas con vistosas colgaduras, el ruido de la muchedumbre sube á la bóveda de lienzo que entolda las calles, y produce un rumor sordo, que se mantiene en la atmósfera, como el humo que busca en vano la salida en una vasija tapada. La tropa tendida á un lado y á otro de la carrera, pierde ese día su aspecto guerrero y participa de la alegría solemne que brilla en los semblantes de todos. Las voces de mando no suenan allí como en las grandes paradas, y las músicas de los regimientos producen otras melodías mas suaves que las que oye el soldado cuando va de facción.

El clero de las parroquias, los concejales, los niños de las casas de beneficencia y demas personas que de oficio ó por devoción, asisten á la fiesta, todos se hallan reunidos á las diez de la mañana, en el templo de Santa María, iglesia notable por su antigüedad; *pas plus* como diria el otro, suponiendo que *el otro* hubiese sido un francés.

Esperábase de un momento á otro la procesion en las primeras calles de la carrera; y el piquete de caballería, abre paso á los pendones que anuncian la comitiva. En tiempo de las comunidades religiosas, era esta numerosísima, y aunque visto un fraile estaban vistos todos, sin embargo, tardaban algun tiempo en pasar, y duraba mas la procesion. Ahora con un puñado de niños del Hospicio, otro idem de idem de los Desamparados, una docena de sacramentales, media de regidores, el clero de las parroquias, y el corregidor que suele presidir la procesion en ausencia y enfermedades del gefe político, hemos concluido.

Las gentes, puestas á raya por las bayonetas, se apiñan unas sobre otras, y gruñen las que llegaron primero, porque se han colocado delante los que vinieron despues; sin que se convenzan nunca de que en eso como en todo, no hay antes ni despues sino llegar á tiempo. Los que van en la procesion, llevan la cabeza erguida como si buscaran los saludos en los balcones, y mientras tanto se mueven y tosen los que están en la calle, para que los vean saludar á los sacramentales y á los regidores.

La asistencia de las autoridades á esa procesion, hace que el público de Madrid, la considere como de oficio, y escusado nos parece decir cual es la causa de que la devoción de los que acuden á verla no sea la virtud que mas brilla ese día. A cada persona de las que allí están la espera dentro de poco la procesion de su parroquia, y las *minervas* son las verdaderas solemnidades del Santísimo, donde el pueblo puede espresar libremente su devoción. La del Corpus, parece una devoción tradicional, que mas se advierte en los trages que en los semblantes, y que se conserva en los banles de un año á otro; transmitiéndola la ropa de padres á hijos, gracias á los membrillos y al alcanfor.

La procesion tarda en volver á su parroquia poco mas de hora y media, y acto continuo desfila la tropa, se retira la gente de los balcones, y unida á la que paseaba por la carrera, toman todos por asalto la sombra de la calle de Carretas, para lucir sus galas paseando hasta las cuatro de la tarde.

Inútil nos parece decir que ni la procesion ni el paseo se llevan á cabo si el tiempo no lo permite; á no ser que suceda lo que este año de 1849, en que la temeridad de las autoridades eclesiásticas y seglares, hizo que la procesion se disolviera á la mitad de la carrera, por haberla espuesto al copioso aguacero de una fuerte tempestad. Semejante falta de prevision no habia ocurrido hasta ahora, y no merece por lo tanto pasar á la posteridad, en gracia siquiera de los descalzos que se

cometieron, y que nos veriamos obligados á referir.

Las procesiones de las parroquias, llamadas *minervas*, tienen otro carácter muy distinto, y para ver la mas notable de todas, la de San Pedro y San Andrés, nos iremos á casa de mi amigo don Lucas, á quien no hemos vuelto á visitar desde el mes de enero. El ha venido en persona á ofrecernos los balcones de su casa en la calle de Toledo y no seria justo hacerle un desaire. La procesion sale á las seis de la tarde, y no pasa por casa de mi amigo hasta las siete y media; pero las cortinas de damasco amarillo cubren sus balcones desde las tres, y á las cinco es cosa de asomarse para ver si viene ó no viene. Don Lucas es individuo de la sacramental, y le corresponde llevar uno de los estandartes, por lo que ha dado á su esposa todas las instrucciones necesarias, y delegado en ella toda la autoridad para que reciba á los amigos.

—Mira, la dijo don Lucas al dirigirse á la parroquia, que no te olvides de mandar un recado á la botillería para que no haga falta el refresco.—Oye, que no echés los ramos hasta que pase el palio por debajo de los balcones; cuidado que no caigan al suelo.—Que si viene mucha gente os pongais los de casa detrás de todos, para que vean bien la procesion.—Que se arrodillen los niños, cuando pase el Santísimo.—Que no dejes de mirar al cuarto estandarte, no te suceda lo que el año pasado que no viste pasar el pendon de tu padre.

Esas y otras prevenciones hizo don Lucas, sin quedar completamente satisfecho de que su esposa, desempeñase bien el difícil papel de ama de casa en tan criticos momentos; pero sus sospechas eran infundadas é injustos sus temores; doña Basilisa no nos dejó nada que desear á los que tuvimos la honra de asistir á su casa. Nos hizo beber dos cuartillos de agua de naranja y una libra de bizcochos á cada uno, despues que hubo pasado la procesion; y en cuanto á las demas prevenciones de su esposo, todas fueron exactamente cumplidas, menos la de arrojar el ramo sobre el palio; pero esto no fué culpa de doña Basilisa, sino de las narices del presidente de la procesion, que se pusieron debajo, cuando cayó el ramo.

Don Lucas volvió á su casa, apenas hubo terminado la procesion, y sin dejarnos respirar siquiera, nos dirigió la siguiente metralla:—¿Qué tal la procesion?... ¿Haría otro tanto la pobretería de San Luis, ni de San Ginés, ni ninguna de las otras sacramentales?... Siete músicas, y nueve estandartes, y piquete de guardia civil... y alabarderos... y zapadores y un obispo debajo del palio... ¡Le parece á vd. que somos algunos miserables!... ¿Ha visto vd. cuantas hachas?—Pues todas eran de cuatro pávilos, y los cestos iban llenos para los devotos de la carrera, y en fin, amigo, aquí no se remiendade viejo, y en punto á *minerva*, ninguna sacramental nos ha de poner la ceniza en la frente.—No esperaba don Lucas que le contestásemos, y loco de alegría no hacia mas que dar vueltas de un lado á otro, preguntando á sus niños si habian visto á los angelitos de la procesion, y á su esposa si le habia visto á él, y en fin, nosotros nos retiramos para que su expansion fuese mayor; providencia que él debió agradecernos sobremanera.

Mas tarde tuvimos ocasion de convencernos de que el orgullo sacramental de nuestro amigo era fundado y que ninguna procesion valia lo que la de su parroquia. Sin embargo no pudimos asistir á todas las *minervas*, porque nos esperaban otras ocupaciones. El día 13 de junio estaba demasiado próximo para que dejásemos de disponernos á asistir á la capilla de San Antonio de la Florida, el día 12 por la tarde, y el 13 en la madrugada, y el mismo día despues de comer.

La fiesta de San Antonio, lucha con las reminiscencias de la de San Isidro, y los preparativos de la de



San Juan; ni pertenece á la romería ni á la verbena; pero participa de ambos géneros de diversiones, y es por muchas razones la fiesta mas divertida que tiene el público de Madrid. La posicion que ocupa la capilla, á la orilla izquierda del Manzanares, el paseo de árboles que conduce á aquel delicioso sitio, y la gran devocion que nuestro pueblo tiene á ese santo, todo contribuye á que la concurrencia sea numerosa; y á que no les pese de esto ni á los fondistas que se establecen delante de la capilla, ni á los conductores de carruages que van y vienen sin cesar un momento. No hay para que señalar esta ó la otra clase de gentes como en mayoría en esa fiesta; todas las clases de la sociedad acuden allí, y si bien es cierto que las muchachas solteras son los muebles indispensables en aquella broma, eso consiste en que el santo es patron de los enamorados, y de consiguiente es bueno pedirle con fervor un marido. Dice la historia que el santo era muy feo, y por esta razon nada tendria de particular que ahora que se ha visto en posicion, hiciese algo por el gremio. Triste es sin embargo que lo único que le haya ocurrido, sea el de buscar maridos á las feas, cuando pudiera emplear su valimiento en suprimir esa triste mitad de la preciosa media parte del género humano. ¡Cuanto mejor nos seria, prohibir que naciesen niñas feas, que no andar luego poniéndolas á poca luz para endosarlas de prisa y sin el derecho de retro venta! De todos modos, preciso es confesar que el santo hace lo que puede en ob-

sequio de los enamorados, y que segun dicen las doncellas pocas son las que han acudido en vano á pedirle marido.

San Juan y San Pedro tienen tambien sus visperas y sus dias, entre plantas de albahaca y ramos de flores; son los patronos de las *verbenas* y las noches del 23 y 28 de junio las pasa en vela una gran parte de la poblacion. En la Plaza Mayor está el mercado de las flores, y la gente pasea allí hasta las diez de la noche, á cuya hora se traslada al salon del Prado, para respirar con dificultad entre el humo sofocante de los buñuelos, y para aburrirse pasando una noche al raso con todas las incomodidades de la vigilia, y ninguno de los goces de la verbena. Hace algunos años que el salon del Prado estaba muy concurrido en las altas horas de la noche, pero hoy dia, á escepcion de unos cuantos bailes, que concluyen con otras tantas quimeras, y algunos grupos de gente que van escoltando una guitarra destemplada y un violin poco menos, nadie se queda en el Prado despues de la una, hasta cuya hora está el salon muy concurrido.

Y como iba diciendo..... pero dispensa, lector; mi vecina se asoma al balcon, me llama... tiene muchas cosas que contarme, y no es cosa de que por narrarte yo las mias, deje de oir las de aquella interesante criatura. Con que acaba tú este artículo como mejor te ocurra y sino te ocurre de modo alguno, déjale conforme está, que yo te aseguro que tiene material de sobra.

ANTONIO FLORES.



LA VERBENA DE SAN JUAN.